TITO ANDRONICO

(TITUS ANDRONICUS)

DRAMATIS PERSONÆ

SATURNINO, hijo del último emperador de Roma y en seguida proclamado emperador.

BASSIANO, hermano de Saturnino y enamorado de Lavinia.

TITO ANDRÓNICO, romano, general en la guerra contra los godos.

MARCO ANDRÓNICO, tribuno del pueblo y hermano de Tito.

LUCIO ..... } Hijos de Tito Andrónico.
QUINTO .... }
MARCIO ..... }
MUCIO ..... }

El JOVEN LUCIO, mozalbete, hijo de Lucio.

PUBLIO, hijo de Marco Andrónico.

SEMPRONIO .... } Parientes de Tito.
CAYO ..... }
VALENTÍN ..... }

EMILIO, noble romano.

ALARBO ..... } Hijos de Tamora.
DEMETRIO ..... }
CHIRÓN ..... }

AARÓN, moro, amante de Tamora.

UN CAPITÁN ..... } Romanos.
UN TRIBUNO ..... }
UN MENSAJERO ..... }
UN RÚSTICO ..... }

TAMORA, reina de los godos.

LAVINIA, hija de Tito Andrónico.

Una NODRIZA, con un niño negro.

Godos y Romanos.

Senadores, Tribunos, Oficiales, Soldados y acompañamiento.

ESCENA.—Roma, y en los campos circunvecinos.

ACTO PRIMERO

ESCENA UNICA

Roma

Aparece el monumento de los Andrónicos. En la parte superior, los Tribunos y los Senadores. Después se presenta SATURNINO, *acompañado de sus partidarios, en una de las puertas, y* BASSIANO, *con sus parciales, en la otra. Baten los tambores, y las banderas quedan desplegadas*

SATURNINO.—Nobles patricios protectores de mis derechos: Defended con las armas la justicia de mi causa; y vosotros, conciudadanos, mis partidarios fieles, sostened con vuestros aceros mis títulos hereditarios. Soy el hijo primogénito del último emperador que ha ostentado la diadema imperial de Roma. Haced, por tanto, revivir en mí los honores de mi padre, y no permitáis esta injuria a mi edad.

BASSIANO. — Romanos amigos, camaradas y favorecedores de mis derechos: Si alguna vez Bassiano, el hijo del César, fué agradable a los ojos de la Roma imperial, guardad entonces este paso al Capitolio y no consintáis que el deshonor

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

se acerque al trono imperial, consagrado a la virtud, a la justicia, a la continencia y a la grandeza de alma, sino que el mérito brille en una elección pura; y en seguida, romanos, combatid para mantener la libertad de vuestra elección.

Entra MARCO ANDRÓNICO, *por la parte superior, con la corona*

MARCO.—Príncipes, cuya ambición, secundada por facciones y por vuestros amigos, lucha por el mando y el imperio: Sabed que el pueblo romano, que estamos encargados de representar, ha señalado por voz común, en la elección al imperio romano, a Andrónico, llamado el Piadoso, en consideración a los grandes y numerosos servicios que ha hecho a Roma. La ciudad no encierra hoy en su recinto un hombre de más noble carácter ni un más bravo guerrero. El Senado le ha llamado a la patria al final de las largas y sangrientas guerras que ha sostenido contra los bárbaros godos. Este general, terror de nuestros enemigos, secundado por sus hijos, ha encadenado a esa nación robusta y disciplinada en las armas. Diez años ha que se encargó de los intereses de Roma y que castiga con sus armas el orgullo de nuestros adversarios. Cinco veces ha vuelto cubierto de sangre a Roma, transportando desde el campo de batalla a sus valerosos hijos en un féretro. Y hoy, en fin, el ilustre Tito Andrónico regresa a Roma cargado de los despojos de la gloria y ennobiecido con nuevos timbres. Por el honor del nombre de aquel que deseáis ver dignamente reemplazado; en nombre de los sagrados derechos del Capitolio y del Senado que pretendéis adorar y respetar, os conjuramos a que os retiréis y desarméis vuestras fuerzas, licenciéis a vuestros partidarios y hagáis valer vuestras pretensiones en paz y con modestia, como conviene a los candidatos.

SATURNINO. — ¡Qué bien logra la elocuencia del tribuno colmar mis pensamientos!

BASSIANO. — Marco Andrónico, pongo confianza en tu rectitud e integridad; y siento tal respeto y afecto por ti y por los tuyos, por tu noble hermano Tito, por sus hijos y por aquella ante la cual todos mis pensamientos se prosternan, la encantadora Lavinia, rico ornamento de Roma, que voy a licenciar aquí a mis queridos amigos y abandonar mi causa a mi destino y al favor del pueblo, a fin de que pese en la balanza. *(Salen los secuaces de* BASSIANO.*)*

SATURNINO.—Amigos, que tan celosos os habéis mostrado de mis derechos, os doy las gracias y os licencio a todos, y abandono al efecto y al favor de mi país mi persona y mi causa. *(Salen los partidarios de* SATURNINO.*)* Roma, muéstrate justa y favorable conmigo, como yo soy confiado y generoso contigo. Abrid las puertas y dejadme entrar.

BASSIANO.—Y a mí también, tribuno, su pobre competidor. *(Trompetería,* BASSIANO *y* SATURNINO *entran en el Senado.)*

Entra un CAPITÁN

CAPITÁN. — ¡Romanos, haced sitio! El digno Andrónico, patrón de la virtud y el más bravo campeón de Roma, siempre feliz en las batallas que libra, vuelve, coronado por la gloria y la fortuna, de lejanos países, donde ha batido con su espada y sometido a yugo a los enemigos de Roma.

¡Suenan tambores y trompetas, y en seguida entran MARCIO *y* MUCIO*; después, dos Soldados, llevando un féretro cubierto con paños de luto; a continuación,* LUCIO *y* QUINTO*. Siguenlos* TITO ANDRÓNICO *y, tras él,* TAMORA*, con* ALARBO*,* CHIRÓN*,* DEMETRIO*,* AARÓN *y otros godos, prisioneros. Séquito de Soldados y pueblo. Depositan el féretro en tierra y habla* TITO

TITO.—¡Salve, Roma, victoriosa en tus vestidos de duelo! ¡Mirad! Semejante a la nave que, después de descargar su cargamento, retorna cargada de un fardo precioso en la bahía donde primero levó

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

el ancla, así Andrónico ceñido de ramas de laurel, vuelve de nuevo a saludar la patria de sus lágrimas; lágrimas de sincera alegría por su regreso a Roma. ¡Oh tú, potente protector de este Capitolio, sé propicio a los religiosos deberes que nos proponemos cumplir! ¡Romanos, de veinticinco hijos valerosos, mitad de la suma que poseía el rey Príamo, he aquí la pobre resta, todos los que me quedan, vivos y muertos! ¡Que Roma recompense con su amor a los supervivientes y que cuantos he conducido a su última morada reciban la sepultura con sus antepasados! Aquí es donde los godos me han permitido envainar mi espada. Tito, padre cruel y sin cuidado de los tuyos, ¿por qué dejas a tus hijos, aún sin sepultura, errar sobre la terrible ribera de la Estigia? Permitidme depositarlos junto a sus mayores. *(Es abierta la tumba.)* ¡Saludémoslos en silencio y como conviene a los difuntos! ¡Dormid en paz, vosotros, que habéis sucumbido en las guerras de vuestra patria! ¡Oh sacrosanto asilo de mis alegrías, apacible retiro de la virtud y del honor! ¡Cuántos de mis hijos encierras en tu seno, que no me devolverás más!

LUCIO.—Cedednos el más ilustre de los prisioneros godos, para cortar sus miembros y ofrecer en una pira el sacrificio de su carne *ad manes fatrum* ante esta prisión terrestre de sus huesos, a fin de que sus sombras no queden descontentas ni nosotros seamos atormentados en la tierra con apariciones.

TITO.—Os entrego éste, el más noble de los que viven, hijo primogénito de esta afligida reina.

TAMORA.—¡Deteneos, insignes romanos! Generoso conquistador, victorioso Tito, apiádate de las lágrimas que vierto, lágrimas de una madre que implora por su hijo. Y si alguna vez tus hijos te fueron caros, ¡oh!, piensa que mi hijo me es caro también. ¿No basta ser tus cautivos, sometidos al yugo romano, y ser conducidos a Roma para ornar tu triunfo y tu retorno? ¿Aún tendrán que ser mis hijos degollados en vuestras calles por haber defendido valientemente la cuasa de su país? ¡Oh! Si para los tuyos constituyó un piadoso deber combatir por su soberano y por su patria, así lo fué para ellos. Andrónico, no manches de sangre tu tumba. ¿Quieres aproximarte a la naturaleza de los dioses? Aproximate a ellos en cuanto misericordioso: la dulce piedad es el símbolo de la verdadera grandeza. Tres veces noble Tito, sé indulgente con mi promogénito.

TITO.—Calmaos, señora, y perdonadme. Los que veis alrededor de mí son hermanos de los que los godos han visto vivir y morir, y su piedad exige un sacrificio para sus hermanos inmolados. Vuestro hijo queda señalado por víctima, y debe morir para aplacar las sombras dolientes de los que ya no existen.

LUCIO.—¡Que le conduzcan y que se encienda al instante el fuego! Cortemos sus miembros con nuestras espadas, sobre una pira de leña, hasta que sean enteramente consumidos. *(Salen* LUCIO, QUINTO, MARCIO *y* MUCIO *con* ALARBO.)

TAMORA.—¡Oh cruel, impía piedad!

CHIRÓN.—¿Fué nunca la Escitia la mitad de feroz?

DEMETRIO.—¡No compares la Escitia con la ambiciosa Roma! Alarbo, marcha al reposo; y nosotros sobrevivamos para temblar bajo la mirada amenazadora de Tito. Vamos, señora, tened valor; pero esperad a la vez que los mismos dioses que procuraron a la reina de Troya ocasión de ejercer su venganza sobre el tirano de Tracia sorprendido en su tienda, podrán favorecer igualmente a Tamora, reina de los godos (cuando los godos eran godos y Tamora reina) y permitidle vengar en sus enemigos sus sangrientas injurias.

Vuelven a entrar LUCIO, QUINTO, MARCIO *y* MUCIO *con las espadas sangrantes*

LUCIO.—Mirad, señor y padre, cómo hemos cumplido nuestros ritos romanos. Los miembros de Alarbo han sido corta-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dos y sus entrañas alimentan el fuego del sacrificio, cuyo humo, como incienso, perfuma los cielos. No resta sino enterrar a nuestros hermanos y darles su bienvenida en Roma al son de las trompetas.

TITO.—Así sea, y que Andrónico dirija a sus sombras el último adiós. *(Suenan las trompetas, mientras se depositan en la tumba los féretros.)* Descansad aquí, hijos míos, en la paz y el honor. Intrépidos defensores de Roma, reposad aquí al abrigo de las vicisitudes y desgracias de este mundo. Aquí no se oculta la traición; aquí no respira la envidia; aquí no penetra el odio infernal; aquí ninguna tempestad, ningún rumor turbarán vuestro reposo; sino que gozaréis de un silencio, un sueño eternales. ¡Reposad aquí, hijos míos, en la paz y el honor!

Entra LAVINIA

LAVINIA.—¡Que el gran Tito viva largo tiempo en el honor y la paz! ¡Mi noble señor y padre, vive también en la gloria! ¡Mira! Vengo a pagar el tributo de mi dolor en esta tumba a la memoria de mis hermanos; y me arrojo a tus pies, derramando sobre la tierra mis lágrimas de alegría por tu retorno a Roma. ¡Oh! Bendíceme aquí con tu victoriosa mano, cuya fortuna aplauden los mejores ciudadanos de Roma.

TITO.—¡Benéfica Roma, que con amor me has consagrado el cordial de mi vejez para regocijar mi corazón! Vive, Lavinia. Que tus días sobrepujen a los de tu padre y que el elogio de tus virtudes resista en fecha a la eternidad de la gloria.

Entran MARCO ANDRÓNICO *y Tribunos. Vuelven a entrar* SATURNINO, BASSIANO *y otros*

MARCO.—¡Viva por siempre el gran Tito, mi amado hermano, héroe triunfante a los ojos de Roma!

TITO.—¡Gracias, arrogante tribuno, mi noble hermano Marco!

MARCO.—Y vosotros, sobrinos, bien venidos también, los que regresáis supervivientes de una guerra feliz y los que dormís en la gloria. Jóvenes héroes, vuestra dicha es igual, pues habéis tomado la espada en servicio de vuestra nación; ahora, esta pompa funeral es un triunfo más asegurado, ya que aspira a la felicidad que deseaba Solón y vence al sino en el lecho de la honra. Tito Andrónico, el pueblo romano, de quien has sido siempre un amigo justicero, te envía por mí, su tribuno y ministro, este palio de una blancura inmaculada, y te admite a elección para el imperio, junto con los hijos de nuestro último emperador. Por consiguiente, quedas inscrito como *candidatus* (1); ponte este vestido y ayuda a dar a Roma la cabeza de que carece.

TITO.—Su cuerpo glorioso pide una cabeza más fuerte que la mía, vacilante por la edad y la flaqueza. ¡Cómo! ¿Habré de ceñirme este vestido e importunaros? ¿Dejarme proclamar hoy emperador para ceder mañana el imperio y mi vida y dejaros a todos los cuidados de una nueva elección? Roma, he sido tu soldado cuarenta años, he mandado con éxito tus fuerzas, he enterrado veintiún hijos, todos valientes, todos armados caballeros sobre el campo de batalla y muertos honrosamente con las armas en la mano por la causa y el servicio de su noble país. Dadme un bastón de honor para apoyar mi vejez, pero no un cetro para gobernar el mundo. Señores, con mano firme lo sostenía el último que lo ha llevado.

MARCO.—Tito, pedirás el imperio y lo obtendrás.

SATURNINO.—Orgulloso y ambicioso tribuno, ¿puedes hacer público...?

TITO.—Calmaos, príncipe Saturnino.

SATURNINO.—Romanos, hacedme justicia. Patricios, tomad las espadas y no las envanéis hasta que Saturnino sea emperador de Roma. ¡Andrónico, más valiera que te hubieses embarcado para

(1) Ya es sabido que la voz candidato tiene su origen en el vestido blanco que llevaban.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

los infiernos antes que venir a robarme los corazones del pueblo!

LUCIO.—¡Presuntuoso Saturnino, interruptor del bien que quiere hacerte el generoso Tito!

TITO.—Tranquilízate, príncipe. Te restituiré los corazones del pueblo y le privaré de su voluntad propia.

SATURNINO.—Andrónico, no te adulo; pero te honro y te honraré hasta que muera. Si quieres fortalecer mi partido con tus amigos, te estaré agradecido por ello, y el agradecimiento es una noble recompensa para las almas generosas.

TITO.—Pueblo romano, y vosotros, tribunos del pueblo, pido vuestros votos y vuestros sufragios. ¿Queréis concederlos amistosamente a Andrónico?

LOS TRIBUNOS.—Para satisfacer al valeroso Andrónico y felicitarle por su vuelta a Roma, el pueblo aceptará el emperador que él haya nombrado.

TITO.—Tribunos, os doy las gracias. Pido, pues, que elijáis emperador al primogénito de vuestro soberano, al príncipe Saturnino, de quien espero que las virtudes se reflejen sobre Roma como los rayos de Titán sobre la tierra y hagan madurar la justicia en toda esta república. De donde, si queréis elegir a tenor de mi consejo, coronadle, y gritad: «¡Viva nuestro emperador!»

MARCO.—Por el sufragio y aplauso unánime de la nación, los patricios y los plebeyos elevamos a Saturnino a la dignidad de emperador soberano de Roma, y gritamos: «¡Viva Saturnino nuestro emperador!» *(Prolongada trompetería.)*

SATURNINO.—Tito Andrónico, en reconocimiento del favor de tus sufragios de hoy en nuestra elección, te dirijo las gracias que merecen tus servicios y quiero pagarte con actos de generosidad. Y para comenzar, digo: Tito, para ilustrar tu nombre y tu honorable familia, elevo a tu hija Lavinia al puesto de emperatriz, de soberana de Roma y de dueña de mi corazón, la tomo por esposa en el Panteón sagrado. Habla, Andrónico: ¿te place esta proposición?

TITO.—Sí, mi digno soberano. Me considero altamente honrado por Vuestra Majestad con esta alianza; y aquí, a la vista de Roma, consagro a Saturnino, dueño y jefe de nuestra República, emperador del vasto universo mi espada, mi carro de triunfo y mis cautivos, presentes dignos del soberano señor de Roma. Recibe, pues, como tributo que te debo, las insignias de mi honor, sumisas a tus pies.

SATURNINO.—¡Gracias, noble Tito, padre de mi existencia! Roma tendrá recuerdo de lo orgulloso que estoy de ti y de tus dones, y cuando llegue a olvidar el menor de tus inestimables servicios, olvidad vosotros también, romanos, vuestros juramentos de fidelidad para conmigo.

TITO.—*(A* TAMORA.) Ahora, señora, sois la prisionera del emperador; del que, en consideración a vuestra alcurnia y a vuestro mérito, os tratará con nobleza, así como a vuestro séquito.

SATURNINO.—Una bella princesa, por cierto, y de una tez de que quisiera elegir mi esposa, si mi elección no estuviera hecha. Bella reina, desechad esas nubes de vuestra frente; aunque los azares de la guerra os hayan hecho sufrir este cambio de fortuna, no venís para ser despreciada en Roma; en todo seréis tratada como señora. Descansad en mi palabra, y que el abatimiento no extinga todas vuestras esperanzas. Señora, el que os consuela puede haceros más grande de lo que es la reina de los godos. Lavinia, ¿no os desagradará esto?

LAVINIA.—A mí, no, mi señor. Vuestras nobles intenciones me garantizan que esas palabras son una cortesía real.

SATURNINO.—Gracias, amable Lavinia. Romanos, salgamos; concedemos aquí la libertad a nuestros prisioneros sin rencor alguno. Vos, señor, haced proclamar nuestra elección al son de las trompetas y tambores. (SATURNINO *corteja por signos a* TAMORA.)

BASSIANO.—Gran Tito, con vuestro per-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

miso, esta doncella me pertenece. *(Apoderándose de* LAVINIA.)

SATURNINO. — ¡Cómo, señor!... Pero ¿obráis en serio, señor?

BASSANIO.—Sí, noble Tito, y estoy resuelto a tomarme esa justicia por mi mano y reclamar mis derechos.

MARCIO.—*Suum cuique* es el derecho de nuestra justicia romana; este príncipe, en justicia, toma sólo aquello que le corresponde.

LUCIO.—Y será de ello poseedor mientras Lucio viva.

TITO.—¡Traidores, lejos de mí! ¿Dónde está la guardia del emperador? ¡Traición, señor! ¡Lavinia ha sido arrebatada!

SATURNINO.—¡Arrebatada! ¿Por quién?

BASSANIO.—Por el que justamente puede quitar al mundo entero su prometida. *(Salen* MARCO *y* BASSANIO *con* LAVINIA.)

MUCIO.—Hermanos, ayudadme a conducirla lejos de este recinto, que yo, con mi espada, me encargo de guardar esta puerta. *(Salen* LUCIO, QUINTO *y* MARCIO.)

TITO.—Seguidme, señor, y pronto la restituiré a vuestros brazos.

MUCIO.—Señor, no pasaréis de aquí.

TITO. — ¡Cómo!... ¡Villano mozuelo! ¿Queréis cerrarme el camino de Roma? *(Hiere a* MUCIO.)

MUCIO. — ¡Auxilio, Lucio, auxilio!... *(Muere.)*

Vuelve a entrar LUCIO

LUCIO.—Señor, sois injusto, y más que eso. Habéis dado muerte a vuestro hijo por una querella infundada.

TITO.—Ni tú ni él sois mis hijos. Mis hijos no hubieran querido jamás deshonrarme. ¡Traidor, devuelve la joven Lavinia al emperador!

LUCIO.—Muerta, si lo queréis, mas no para ser su esposa, pues está prometida legítimamente a las ternuras de otro.

SATURNINO.—No, Tito, no. El emperador no la necesita; ni a ella, ni a ti, ni a ninguno de tu raza. Me falta tiempo para fiarme del que se ha burlado de mí una vez. Jamás tendrás mi confianza, ni tú ni tus hijos, pérfidos e insolentes, todos confederados para deshonrarme. ¿Nadie habrá en Roma sino Saturnino para que le pudieran hacer objeto de tus insultos? Esta conducta, Andrónico, cuadra bien con tus insolentes alabanzas cuando dices que he mendigado de tus manos el imperio.

TITO.—¡Oh monstruosidad! ¿Qué reproches son éstos?

SATURNINO.—Prosigue, anda; cede esa criatura versátil al que ha blandido su espada por ella; tendrás un valiente yerno, un hombre adecuado para querellarse con tus desarreglados hijos y para provocar tumultos en las calles de Roma.

TITO.—Estas palabras son otras tantas navajas para mi corazón herido.

SATURNINO.—Y tú, amada Tamora, reina de los godos, que aventajas en hermosura a las más bellas damas romanas, como la augusta Febe en medio de sus ninfas, si te place la elección repentina que hago ahora mismo, Tamora, te escojo por mujer y te elevo al puesto de emperatriz de Roma. Habla, reina de los godos: ¿aplaudes mi elección? Y aquí lo juro por todos los dioses de Roma. Ya que el sacerdote y el agua sagrada se hallan tan cerca de nosotros, que esas antorchas se enciendan y que todo se prepare para el himeneo. No recorreré las calles de Roma ni regresaré a mi palacio, si no llevo conmigo desde este lugar a mi esposa.

TAMORA.—Y aquí, a la vista del cielo, juro a Roma que si Saturnino eleva a este honor a la reina de los godos, ella será su humilde servidora, la tierna nodriza y la madre de su juventud.

SATURNINO.—Ascended, bella reina, al Panteón. Señores, acompañad a vuestro noble emperador y a su amada prometida, enviada por el Cielo al príncipe Saturnino, cuya prudencia repara la injusticia de su fortuna. Aquí se cumplirán las ceremonias de nuestros esponsales. *(Salen todos, menos* TITO.)

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TITO.—No se me invita a seguir a la desposada. Tito, ¿cuándo te has visto nunca así, solo, deshonrado y provocado por mil afrentas?

Vuelven a entrar MARCO, LUCIO, QUINTO *y* MARCIO

MARCO.—¡Oh Tito! ¡Mira! ¡Oh! ¡Ve lo que has hecho! ¡Dar muerte a un hijo virtuoso en una querella injusta!

TITO.—No, tribuno insensato, no! No era mi hijo. Ni tú ni estos hombres cómplices del atentado que deshonra a toda nuestra familia. ¡Hermano indigno! ¡Indignos hijos!

LUCIO.—Pero concededle al menos la sepultura conveniente. Otorgad sitio a Mucio en la tumba de nuestros hermanos.

TITO.—¡Traidores, fuera de aquí! No reposará en esta tumba. Este monumento subsiste desde hace cinco siglos. Lo he reconstruído con magnificencia. Aquí no descansan con gloria sino los guerreros y los servidores de Roma. ¡Aquí no hay lugar para el que ha sido muerto en una vergonzosa querella! Id a enterrarle donde os plazca. No entrará aquí.

MARCO.—Mi señor, esto es en vos una impiedad. Las proezas de mi sobrino Mucio hablan en su favor. Debe sepultársele con sus hermanos.

QUINTO y MARCIO.—¡Y lo será, o le seguiremos nosotros!

TITO.—¿Y lo será, decís? ¿Qué insolente ha proferido esa palabra?

QUINTO.—El que lo sostendrá en todo lugar que no sea éste.

TITO.—¡Cómo! ¿Queréis enterrarle a pesar mío?

MARCO.—No, noble Tito; pero te suplicamos perdones a Mucio y le otorgues la sepultura.

TITO.—Marco, tú eres quien ha abatido mi cimera; tú quien con mis hijos has herido mi honor. A todos os tengo por adversarios. No me importunéis más; antes, marchaos.

LUCIO.—Está fuera de sí. Retirémonos.

QUINTO.—Yo, no, hasta que los huesos de Mucio reciban sepultura. (MARCO *y los hijos de* TITO *se arrodillan.)*

MARCO.—Hermano, pues la Naturaleza habla en el nombre...

QUINTO.—Padre mío, pues la Naturaleza en su nombre aboga...

TITO.—No me hables más, si en todo te atienes a tu buen éxito.

MARCO.—Famoso Tito, tú, que constituyes más de la mitad de mi alma...

LUCIO.—Querido padre, alma y esencia de todos nosotros...

MARCO.—Permite que tu hermano Marco entierre *aquí*, en el asilo de la virtud, a su noble sobrino, muerto en honor y defensa de la causa de Lavinia. Eres un romano; no seas un bárbaro. Los griegos, con mejor acuerdo, consintieron en sepultar a Ayax, que se había suicidado, y el sabio hijo de Laertes abogó elocuentemente por las honras funerales (1). No rehuses, pues, la entrada en su tumba del joven Mucio, que fué tu alegría.

TITO.—Levántate, Marco, levántate. Este es el día más triste que he presenciado. ¡Ser deshonrado por mis hijos en Roma! Vamos, enterradle, y a mí después. (MUCIO *es colocado en la tumba.)*

LUCIO.—Caro Mucio, reposen aquí tus huesos con los de tus hermanos, hasta que vengamos a ornar con trofeos tu sepultura.

TODOS.—*(Arrodillándose.)* ¡Que nadie vierta lágrimas sobre el noble Mucio! Vive en la fama, pues murió por la causa de la virtud...

MARCO.—Señor..., a fin de dar una tregua a esta pena mortal..., decidme: ¿qué ha sucedido para que la astuta reina de los godos se convierta repentinamente en soberana de Roma?

TITO.—Lo ignoro, Marco; sólo sé que es. Si fué o no premeditado, el Cielo puede decirlo; pero ¿no tiene ella obli-

(1) Dice Steevens que ésta es una evidente alusión al *Ayax* de Sófocles, del que no existía ninguna traducción inglesa en tiempos de Shakespeare.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

gaciones con el hombre que la ha traído de tan lejos para ascender aquí a esta fortuna suprema?

MARCIO.—Sí, y ella le recompensará generosamente.

Trompetería. Vuelven a entrar, por un lado, SATURNINO *y el séquito;* TAMORA, DEMETRIO, CHIRÓN *y* AARÓN; *por el otro.* BASSIANO, LAVINIA *y sus secuaces*

SATURNINO.—Así, Bassiano, tenéis vuestra conquista. ¡Que el Cielo os haga feliz con vuestra esposa!

BASSIANO.—Y a vos con la vuestra, señor; no digo más y no os deseo menos; y con esto me despido de vos.

SATURNINO.—Traidor, si Roma tiene leyes o nosotros poder, tú y tu facción os arrepentiréis de este rapto.

BASSIANO. — ¿Llamáis rapto, señor, a tomar mi bien, a la que fué mi fiel prometida y que al presente es mi esposa? Determínenlo las leyes romanas. En tanto, quedo en posesión de lo que me pertenece.

SATURNINO.—Muy bien, muy bien; sois breve, señor; pero, si vivimos, seremos tan cortantes como vos.

BASSIANO.—Señor, debo responder de lo que he hecho lo mejor que pueda, y responderé con mi cabeza. Sólo he de poner una cosa en conocimiento de Vuestra Gracia; por todos los deberes que me incumben sobre Roma, este noble señor Tito, que aquí se halla, ha sido ultrajado en la opinión de otro y en su honor; él, que para entregaros a Lavinia ha dado muerte con su propia mano a su hijo más joven por celos hacia vos, e inflamado de cólera por verse frustrado en la dádiva que libremente había concedido. Otórgale, pues, tu favor, Saturnino; que en todos sus actos se ha mostrado padre y amigo de Roma y tuyo.

TITO. — Príncipe Bassiano, déjame el cuidado de evocar mis acciones. Tú y mis hijos sois los que me habéis deshonrado. ¡Que Roma y el justo Cielo sean mis jueces, y digan cómo he querido y honrado a Saturnino!

TAMORA.—Mi digno soberano, si alguna vez Tamora ha podido ser grata a tus ojos principescos, dígnate oírme hablar imparcialmente por todos, y, a ruego mío, como esposa, perdona lo pasado.

SATURNINO. — ¡Cómo, señora! ¿Verme deshonrado en público y sufrido cobardemente sin tomar venganza?

TAMORA.—No tal, señor. Que los dioses de Roma me preserven de ser nunca la causante de vuestro deshonor. Pero, por mi honor mismo, me atrevo a protestar de la inocencia del bueno y valeroso Tito en lo que ha pasado; y su furor, que no ha querido disimular, testimonia su pena. Dignaos, pues, a solicitación mía, mirarle con ojos favorables; no perdáis, por una sospecha injusta, un amigo tan noble, y no aflijáis con vuestras miradas iracundas su guerrero corazón. *(Aparte, a* SATURNINO.) Señor, dejaos guiar por mí, dejaos ganar: disimulad vuestras penas y resentimientos. Apenas hace un instante que habéis sido colocado en el trono; temed que el pueblo y también los patricios, tras un profundo examen, no adopten el partido de Tito y os suplanten, acusándoos de ingratitud, lo que Roma reputa por un odioso crimen. Ceded a mi ruego y dejadme hacer. Yo hallaré día propicio para asesinarlos a todos y borrar de la tierra su facción y su familia, al padre cruel y a sus pérfidos hijos, de quienes he solicitado inútilmente la vida de mi hijo querido. Yo les haré conocer lo que cuesta dejar a una reina arrodillarse en las calles y pedir en vano gracia. *(Alto.)* Vamos, vamos, mi amado emperador. Acercaos, Andrónico. Saturnino, exalta a este buen viejo y consuela su corazón, que desfallece bajo las amarguras de tu frente enfurecida.

SATURNINO.—Levantaos, Tito, levantaos. Ha vencido mi emperatriz.

TITO.—Doy las gracias a Vuestra Majestad y a ella, señor. Esas palabras y esas miradas me devuelven la vida.

TAMORA. — Tito, quedo incorporada a Roma. Ahora me convierto en romana

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

por esta feliz adopción, y debo aconsejar al emperador por su bien. Todas las querellas expiran hoy, Andrónico. Y tenga yo el honor, mi querido señor, de haberos reconciliado con vuestros amigos. En cuanto a vos, príncipe Bassiano, he dado al emperador mi palabra de que seréis más dulce y más tratable. No temáis nada, señor. Y vos también, Lavinia. Guiados de mis consejos, postraos humildemente y pedid perdón a Su Majestad.

LUCIO.—Lo imploramos, y el Cielo y Su Majestad nos sean testigos de que hemos obrado con toda la moderación posible, defendiendo nuestro honor y el de nuestra hermana.

MARCO.—Protesto de lo mismo, por mi honor.

SATURNINO.—Retiraos y no me habléis más. No me importunéis más.

TAMORA.—No, no, generoso emperador. Es necesario que todos seamos amigos. El tribuno y sus sobrinos solicitan de rodillas vuestra gracia. No los rechacéis, dulce esposo; dirigid vuestras miradas hacia ellos.

SATURNINO.—Marco, en consideración a ti, a la de tu hermano Tito, y cediendo a las solicitaciones de Tamora, perdono a estos jóvenes sus odiosos atentados. Levantaos, Lavinia; aunque me habéis abandonado como a un rústico, he hallado a una amiga y he jurado por la muerte que no permanecería soltero habiendo delante un sacerdote. Venid; si la Corte del emperador puede festejar a dos desposados, seréis mi huésped, Lavinia, así como vuestros amigos. Este día lo consagraremos al amor, Tamora.

TITO.—Mañana, si place a Vuestra Majestad que salgamos juntos a caza de panteras y ciervos, daremos a Vuestra Gracia el *bonjour* con cuernos y jaurías.

SATURNINO.—Con mucho gusto, Tito, y, por ende, os damos las gracias.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA (1)

Roma.—Delante del Palacio

Entra AARÓN

AARÓN.—Ahora asciende Tamora a las crestas del Olimpo, lejos del alcance de los dardos de la Fortuna, sentada en la cumbre, a salvo de los estallidos del trueno o de las llamaradas del relámpago, por encima de los ataques amenazadores de la pálida Envidia. Semejante al sol amarillento cuando saluda a la aurora, y que, tras dorar con sus rayos el Océano, galopa por el Zodiaco en su carro radiante y distingue por debajo la cima de los más altos montes, así es hoy Tamora. Las grandezas de la tierra rinden homenaje a su genio, y la virtud se humilla y tiembla ante el severo aspecto de su frente. Vamos, Aarón, arma tu corazón y dispón tus pensamientos para que se eleven con tu real ama, a fin de tocar la misma altura que ella. Largo tiempo la has llevado en triunfo sobre tus pasos, cargada en las cadenas del amor, más fuertemente atada a los ojos seductores de Aarón que Prometeo a las rocas del Cáucaso. ¡Afuera estos vestidos de esclavo! ¡Lejos de mí los vanos pensamientos! Quiero brillar y centellear de oro y de perlas, para servir a esta nueva

(1) Dice Samuel Johnson que esta escena debe seguir al primer acto. Ya hemos indicado en las anotaciones a otras obras de Shakespeare que en las ediciones primitivas la división en actos y escenas es muy imperfecta. Indudablemente, esta escena se halla en la misma línea de acción que las anteriores; mas requiere una separación y una pausa.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

emperatriz. ¿Qué digo? Para embriagarme de placer con esta reina, con esta diosa, con esta Semíramis, reina y sirena que encantará al Saturnino de Roma y verá su naufragio y el de sus Estados. ¿Qué oigo? ¿Qué ruido es éste?

Entran DEMETRIO *y* CHIRÓN, *disputando*

DEMETRIO.—Chirón, eres demasiado joven; tu espíritu es harto novicio y le falta la experiencia necesaria para pretender el corazón que busco y que puede, sin que tú lo impidas, serme concedido.

CHIRÓN.—Demetrio, eres demasiado presuntuoso en todo, y más que nada en intentar abrumarme con tus fanfarronerías. No es la diferencia de un año o dos lo que puede hacerme más o menos agradable y a ti más dichoso. Estoy tan bien dotado como tú para servir a mi amada y merecer sus favores; y mi espada te lo probará y defenderá mis derechos al amor de Lavinia.

AARÓN.—¡Mazas, mazas! Estos enamorados no podrán estar en paz.

DEMETRIO.—¡Cómo, muchacho! ¿Porque nuestra madre te ha ceñido al lado una espada de bailarín tienes la imprudencia temeraria de amenazar a tus amigos? Vamos, mete la hoja en su vaina, hasta que hayas aprendido a saberla manejar.

CHIRÓN.—En tanto, con la escasa destreza que puedo tener, vas a conocer hasta dónde alcanza mi valor. *(Desenvainan.)*

DEMETRIO.—¡Sí, muchacho! ¿Tan bravo te has hecho?

AARÓN.—¡Cómo! ¿Qué es eso, señores? ¿Os atrevéis a sacar la espada tan cerca del palacio del emperador y sostener abiertamente semejante querella? Conozco a maravilla la fuente de esta animosidad. Ni por un millón de oro quisiera que la causa fuese conocida de aquellos a quienes más interesa, y mucho menos de vuestra ilustre madre, que así quedaría deshonrada en la Corte de Roma. Avergonzaos de vosotros mismos y envainad vuestras espadas.

CHIRÓN.—En modo alguno, hasta que haya horadado con mi hoja su seno y le haya hecho entrar en su garganta todos los insultantes reproches que ha pronunciado aquí en mi deshonor.

DEMETRIO.—Estoy pronto y determinado. ¡Cobarde, de intenciones rastreras, que atruenas con la lengua y luego no osas cumplir nada con tus armas!

AARÓN.—Separaos, os digo. Por los dioses que adoran los godos belicosos, este pequeño camorrista va a perdernos a todos. ¡Cómo! Príncipe, ¿ignoráis los peligros que encierra atentar contra los derechos de un príncipe? ¡Cómo! ¿Se halla Lavinia tan abandonada o Bassiano es tan degenerado que podéis levantar semejantes querellas por el amor de esta dama, sin contradicción, sin justicia y sin venganza? ¡Cuidado, jóvenes! Si la emperatriz supiera la causa de esta discordia, sería una música que no habría de agradarle.

CHIRÓN.—¡Nada me importa que lo sepa, tanto ella como el mundo entero! ¡Amo a Lavinia más que al mundo entero!

DEMETRIO.—Niño, aprende a hacer una elección más humilde. Lavinia es la esperanza de tu hermano mayor.

AARÓN.—¡Cómo! ¿Estáis locos? ¿No sabéis lo impacientes y furiosos que son los romanos, y que no pueden sufrir rivales en sus amores? Os lo repito, príncipes: tramáis vuestras propias muertes con designio semejante.

CHIRÓN.—Aarón, daría mil muertes por gozar de la que adoro.

AARÓN.—¿Por gozar de ella? ¡Cómo!

DEMETRIO.—Y ¿qué tiene ello de extraño? Es una mujer; por consiguiente, puede ser pretendida. Es una mujer; por consiguiente, puede ser conquistada. Es Lavinia, por consiguiente, merece que se la ame. Vamos, hombre. Pasa más agua por el molino que la que ve el molinero; y, además, sabemos que es fácil robar una rebanada de pan sin que na-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

die se entere. Aunque Bassiano sea el hermano del emperador, gentes que valen más que él han llevado las insignias de Vulcano.

AARÓN.—*(Aparte.)* Sí, y tan buenas como Saturnino.

DEMETRIO.—¿Por qué, pues, habrá de desesperar del éxito el que sabe cortejar con dulces palabras, miradas tiernas y ricos presentes? Qué, ¿no habéis herido vos con mucha frecuencia una corza y os la habéis llevado impunemente ante los mismos ojos del guarda?

AARÓN.—Vamos, parece que algún usufructo en el cercado ajeno os agradaría.

CHIRÓN.—En efecto.

DEMETRIO.—Aarón, has dado en el blanco.

AARÓN.—¡Quisiera que vosotros hubierais dado también en él! No os fatigaríais con este estrépito... Bueno. Oidme, oídme bien. ¿Estáis tan locos para querellaros por ello? ¿Os ofendería que os propusiera un medio de conveniencia para los dos?

CHIRÓN.—Por mí, no, a fe.

DEMETRIO.—Ni para mí, decidido como estoy.

AARÓN.—Vamos, enrojeced por vuestra querella y sed amigos. Uníos para el objeto mismo que os divide. La disimulación y la perfidia son las que deben hacer lo que deseáis. Preciso es que os diga que lo que no se puede hacer como se quiera, es necesario hacerlo como se pueda. Aprended esto de mí. Lucrecia no era más casta que esta Lavinia, la amante de Bassiano. Hay que trazar una marcha más rápida que estas lentas languideces, y he hallado el camino. Príncipes, se prepara una cacería solemne; las bellezas romanas van a concurrir en masa; las alamedas en los bosques son largas y espaciosas; y existen reductos solitarios que la Naturaleza parece haber dispuesto para la perfidia y el rapto; aislad en estas guaridas a vuestra linda corza; si las palabras son inútiles, conseguidla por la violencia. Esperad el éxito por este medio, o renunciad a él. Vamos, vamos; instruiremos a nuestra emperatriz, y su genio, consagrado al crimen, y a la venganza, de todos los proyectos que meditemos sabrá suavizar los resortes de nuestra empresa con sus consejos; no sufrirá que os querelléis, y os conducirá a ambos al colmo de vuestros deseos. La Corte del emperador seméjase al templo de la Fama; su palacio está lleno de ojos, oídos y lenguas; los bosques, por el contrario, son impiadosos, espantables, sordos e insensibles. Allí es donde se debe hablar, bravos jóvenes; donde se debe herir y alcanzar vuestros propósitos, saciar vuestra pasión al abrigo de la mirada del Cielo y gozar a placer de los tesoros de Lavinia.

CHIRÓN.—Tu consejo, amigo, no percibe la cobardía.

DEMETRIO.—*Sit fas aut nefas*, en tanto halle el arroyo que pueda aplacar mis ardores y el encanto que calme estos paroxismos, *per Stygia et manes vehor.* *(Salen.)*

ESCENA II

Un bosque

Oyense trompas de caza y gritos de una jauría. Entran TITO ANDRÓNICO, *con cazadores, etc.;* MARCO, LUCIO, QUINTO *y* MARCIO

TITO.—La cacería está animada; la mañana es brillante y alegre; los campos están perfumados, y los bosques, verdes. Soltemos aquí la traílla y hagamos ladrar a los perros para despertar al emperador y a su bella esposa y levantar al príncipe. Sonemos tan bien las trompas, que toda la Corte se estremezca al ruido. Hijos, encargaos con nosotros del cuidado de acompañar y de proteger la persona del emperador. He sido turbado esta noche en mi sueño, pero el naciente día ha consolado mi corazón. *(Gritos de jauría y trompas de caza resuenan con estruendo.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entran SATURNINO, TAMORA, BASSIANO, LAVINIA, DEMETRIO, CHIRÓN *y acompañamiento*

¡Mil venturosos días a Vuestra Majestad! Y a vos también, señora. Había prometido a Vuestra Gracia una llamada de cazador.

SATURNINO.—Y la habéis hecho sonar vigorosamente, señor. Quizá fué demasiado madrugón para recién casados.

BASSANIO.—¿Qué decís vos, Lavinia?

LAVINIA.—Digo que no; hacía ya más de dos horas que me había despertado.

SATURNINO.—Vamos; disponed ya nuestros caballos y coches y partamos para nuestra diversión. *(A* TAMORA.) Señora, vais a presenciar nuestra caza romana.

MARCO.—Señor, tengo perros que reclamarán la pantera más fuerte y que subirán hasta la cima del promontorio más elevado.

TITO.—Y yo tengo un caballo que seguirá la caza en todos sus rodeos y rozará la llanura como una golondrina.

DEMETRIO.—*(Aparte.)* Chirón, nosotros no cazaremos con perros ni con caballos; sino esperaremos a forzar una bonita corza. *(Salen.)*

ESCENA III

Una parte retirada del bosque

Entra AARÓN *con un saco de oro*

AARÓN.—Un hombre de sentido creería que yo no lo tengo, por enterrar tanto oro debajo de un árbol para después no poseerlo jamás. Quien conciba tan pobre opinión de mí, sepa que este oro debe fijar una estratagema que, diestramente urdida, producirá un excelente rasgo de villanía. Así, reposa aquí, dulce oro, para quitar el descanso a los que reciban la limosna del cofre de la emperatriz. *(Oculta el oro.)*

Entra TAMORA

TAMORA.—Mi amado Aarón, ¿por qué tienes el aire triste, cuando todo ríe en torno de ti? Sobre cada zarzal cantan los pájaros sus melodías. La serpiente duerme enroscada a los rayos del sol; un céfiro refrescante agita con dulzura las hojas verdes, cuyas móviles sombras se dibujan sobre la tierra. Sentémonos, Aarón, bajo su dulce umbría; y mientras el eco parlanchín se burla de los perros, respondiendo con su voz aguda a los sonidos ruidosos de las trompas, como si oyera a la vez una doble caza, reposemos y oigamos el rumor de sus ladridos; y tras una liza como la que se dice gozaron un tiempo Dido y el príncipe errante cuando, sorprendidos por una feliz tempestad, se refugiaron a la sombra de una discreta gruta, podemos, enlazados los brazos el uno al otro, después de nuestros dulces transportes, gozar un sueño dorado, en tanto la voz de los perros, las trompas y la dulce melodía de los pájaros serán para nosotros lo que el canto arrullador de la nodriza para adormecer a su pequeñuelo.

AARÓN.—Señora, si Venus gobierna vuestros deseos, Saturno domina sobre los míos. ¿Qué significan mis ojos feroces y fijos, mi silencio y mi tétrica melancolía, el vellón de mi cabellera lanuda, desenrollado como una serpiente que avanza para cumplir una fatal ejecución? No, señora; éstos no son síntomas amorosos. La venganza está en mi corazón; la muerte en mis manos; mi cerebro no revuelve sino proyectos de sangre y de carnicería. Oyeme, Tamora, emperatriz de mi alma, de la que no espero otro cielo sino el que reside en ti: he aquí el día del juicio para Bassiano. Es preciso que su Filomela pierda hoy su lengua; que tus hijos roben los tesoros de su castidad y laven sus manos en la sangre de Bassiano. ¿Ves esta carta? Tómala, por favor, y entrega al rey este rollo, donde se contiene un complot siniestro. No me preguntes más ahora; se nos espía; veo venir hacia nosotros una parte de nuestra venturosa presa; ellos no se imaginan siquiera la destrucción de sus vidas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TAMORA.—¡Ah mi querido moro, más querido para mí que mi vida toda!

AARÓN.—Ni una palabra más, gran emperatriz; Bassiano llega; mostraos dura con él, y yo traeré aquí a vuestros hijos, para sostener vuestras querellas, sean las que fueren. *(Sale.)*

Entran BASSIANO *y* LAVINIA

BASSIANO.—¿A quién hallamos aquí? ¿A la soberana emperatriz de Roma, separada de su brillante cortejo? ¿O es Diana, vestida como ella, que hubiese abandonado sus sagrados bosques para ver esta gran cacería?

TAMORA.—Espía insolente de nuestros pasos particulares, si tuviera el poder que se atribuye a Diana, tu frente sería al instante coronada de cuernos como la de Acteón, y los perros darían caza a tus miembros metamorfoseados, por importuno y descortés.

LAVINIA.—Con vuestro permiso, amable emperatriz; se os creería dotada del don de otorgar cuernos; y aún podría sospecharse que vuestro moro y vos os habéis aislado para hacer experiencias. Que Júpiter preserve hoy a vuestro esposo de las persecuciones de su jauría. Sería lamentable que le tomaran por un ciervo.

BASSIANO.—Creedme, reina: Vuestro negro cimero da a vuestro honor el color de su cuerpo; lo hace como él, manchado, detestado y abominable. ¿Qué hacéis aquí separada de todo vuestro séquito? ¿Por qué habéis descendido de vuestro hermoso corcel blanco como la nieve y andáis errante en un rincón apartado, acompañada de un bárbaro moro, si no os han traído impuros deseos?

LAVINIA.—Y viéndoos interrumpida en vuestros pasatiempos, es muy natural que tildéis a mi noble esposo de insolente. Por favor, abandonemos estos lugares y dejémosla gozar a su gusto de su amante negro como el cuervo. Esta arboleda conviene a maravilla a sus designios.

BASSIANO.—El rey mi hermano será informado de esto.

LAVINIA.—Sí, pues estos aislamientos se lo habrán advertido. ¡Buen rey, ser tan indignamente engañado!

TAMORA.—¿Cómo tengo paciencia para tolerar todo esto?

Entran DEMETRIO *y* CHIRÓN

DEMETRIO.—¿Qué sucede, querida, soberana, nuestra graciosa madre, para que Vuestra Majestad se halle tan pálida y decaída?

TAMORA.—¿No tengo razón, decidme, para estar pálida? Estos dos enemigos me han traído a este lugar, una arboleda horrible y solitaria, como veis. Los árboles, en pleno estío, se hallan despojados y desnudos, cubiertos de musgo y de funesto muérdago. El sol no brilla aquí jamás; nadie vive sino el nocturno buho y el siniestro cuervo; y mostrándome este abismo horrible, me han dicho que aquí, en lo más profundo de la noche, mil demonios, mil silbadoras serpientes, diez mil sapos hinchados de veneno y otros tantos horribles erizos producen gritos tan horrendos y confusos, que todo mortal que los oye se vuelve loco al instante o muere acto seguido. Después de haberme hecho este infernal relato, me han amenazado con atarme al tronco de un tejo melancólico y de abandonarme allí a tan cruel muerte. Luego me han llamado infame, adúltera, libertina, goda, y me han abrumado con los nombres más insultantes que jamás percibieron los oídos humanos. Si una feliz casualidad no os hubiese traído a estos lugares, habrían ejecutado sobre mí su venganza. Vengadme, si amáis la vida de vuestra madre, o renunciad a llamaros nunca mis hijos.

DEMETRIO.—¡He aquí la prueba de que soy tu hijo. *(Hiere a* BASSIANO.)

CHIRÓN.—¡Y este golpe hasta el corazón para demostrar mi fuerza! *(Hiere también a* BASSIANO, *que muere.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LAVINIA.—¡Ah Semíramis! ¡No; bárbara Tamora! ¡Pues no hay otro nombre que convenga a tu naturaleza!

TAMORA.—¡Dame tu puñal! ¡Veréis, niños míos, que la mano de vuestra madre sabrá vengar el ultraje hecho a vuestra madre!

DEMETRIO.—Detenos, señora; le debemos otras venganzas. Trillemos primero el grano y después quememos la paja. Esta bonita joven funda su orgullo en la castidad, en su voto nupcial, en su fidelidad; y altiva con estas especiosas apariencias, desafía a Vuestra Majestad. ¿Y se llevará este orgullo a su tumba?

CHIRÓN.—Si lo lleva, consiento en que se me haga eunuco. Conduzcamos a su esposo fuera de aquí, a alguna zanja oculta, y que su cadáver sirva de almohada a nuestros apetitos voluptuosos.

TAMORA.—Pero cuando hayáis saboreado la miel que os tienta, no dejéis que esta abeja sobreviva para picarnos con su aguijón.

CHIRÓN.—Os prometo, señora, hacerlo del mejor modo. Vamos, señorita, la violencia nos va a hacer gozar de esa honestidad tan escrupulosamente conservada.

LAVINIA.—¡Oh Tamora! ¡Y tienes rostro de mujer!

TAMORA.—No quiero oírla más. Lleváosla lejos de mí.

LAVINIA.—Queridos señores, rogadle que me oiga una palabra tan sólo.

DEMETRIO.—Escucha, bella reina; tened a triunfo el verla verter sus lágrimas; pero que vuestro corazón las reciba como la roca insensible las gotas de la lluvia.

LAVINIA.—¿Desde cuándo los tiernos tigres dan lecciones a su madre? ¡Oh! No le enseñes crueldad; ella es quien te la ha enseñado. La leche que extrajiste de su seno se ha cambiado en mármol. Has mamado de sus pechos hasta tu tiranía. Y, sin embargo, todas las madres no dan a luz hijos que se les parecen. *(A* CHIRÓN.) Ruégale que muestre la piedad de una mujer.

CHIRÓN.—¡Cómo! ¿Querrías que probara con mi conducta que soy un bastardo?

LAVINIA.—¡Es verdad! El cuervo no engendra a la alondra. No obstante, he oído decir (¡oh, si pudiese verlo comprobado hoy!) que el león, tocado de piedad, sufre que se le corten sus reales garras; se dice que los cuervos alimentan a los niños abandonados, mientras que sus propias crías tienen hambre en sus nidos. A despecho de tu corazón bárbaro, muéstrate no ya tan generoso, sino, al menos, susceptible de alguna piedad.

TAMORA.—No sé qué quiere decir. Lleváosla.

LAVINIA.—¡Oh! Permite que te lo explique; en nombre de mi padre, que te ha dado la vida, cuando hubiera podido matarte, no te endurezcas; abre tus oídos sordos.

TAMORA.—Aun cuando personalmente no me hubieras ofendido, el nombre de tu padre me habría hecho inexorable contigo. Acordaos, hijos míos, que mis lágrimas corrieron en vano para salvar a vuestro hermano del sacrificio; pero el cruel Andrónico no quiso enternecerse. ¡Lleváosla, pues! Tratadla a vuestro gusto. Cuanto más la ultrajéis, tanto más os amará vuestra madre.

LAVINIA.—¡Oh Tamora! Merece el nombre de una reina generosa, matándome aquí con tu propia mano; pues no es la vida lo que te pido tanto tiempo, ya que no estoy muerta después de haber sido muerto Bassiano.

TAMORA.—¿Qué pides, entonces? Mujer insensata, déjame.

LAVINIA.—Es la muerte inmediata lo que imploro; y una gracia todavía, que el pudor impide que la pronuncie mi lengua. ¡Ah! Sálvame de su pasión, más fatal para mí que el golpe de la muerte, y arrójame en algún abismo odioso, donde jamás los ojos del hombre puedan considerar mi cuerpo. Haz esto y sé un asesino lleno de caridad.

TAMORA.—¡Robar yo así a mis queri-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dos hijos su salario! No; que sacien en ti sus deseos.

DEMETRIO.—¡Vamos! Ya ha permanecido aquí demasiado tiempo.

LAVINIA.—¡Ni gracia, ni piedad de mujer! ¡Ah! ¡Bestial criatura! ¡El oprobio, la enemiga de todo nuestro sexo! ¡Que la destrucción caiga...!

CHIRÓN.—Voy a cerrarle la boca. Coge tú a su esposo. He aquí el foso en que Aarón nos ha dicho que lo ocultemos. (DEMETRIO *arroja el cuerpo de* BASSIANO *dentro del hoyo. Después salen* DEMETRIO *y* CHIRÓN, *llevándose a* LAVINIA.)

TAMORA.—Adiós, hijos; cuidad de llevarla a sitio bien seguro. Que jamás guste mi corazón un verdadero sentimiento hasta que la raza entera de los Andrónicos quede destruida. Voy ahora en busca de mi amable moro, y a dejar que mis hijos, irritados, desfloren a esa desventurada. *(Sale.)*

Entran AARÓN *con* QUINTO *y* MARCIO

AARÓN.—Venid, señores; echad por delante vuestro mejor pie; voy a conduciros en seguida al foso repugnante donde he descubierto la pantera profundamente dormida.

QUINTO.—Mi vista se halla extremadamente oscurecida, sea cual fuere el presagio.

MARCIO.—Y la mía también, os lo aseguro. Si no constituye una vergüenza, dejaría de buen grado la caza para dormir algunos instantes. *(Cae dentro de la zanja.)*

QUINTO.—¡Cómo! ¿Te has caído? ¡Qué peligroso precipicio, cuya abertura está cubierta por espinos espesos, cuyas hojas se hallan tintas de sangre recientemente vertida y tan fresca como el rocío matinal destilado sobre las flores! Este paraje me parece fatal. Háblame, hermano, ¿te has herido en la caída?

MARCIO.—¡Oh hermano mío! ¡Estoy herido por el aspecto del más triste objeto, cuya vista hace sollozar a mi corazón!

AARÓN.—*(Aparte.)* Voy ahora en busca del rey y a traerlo aquí, a fin de que los halle. En esto verá un probable indicio de que son ellos quienes han asesinado a su hermano. *(Sale.)*

MARCIO.—¿Por qué no me consuelas y me ayudas a salir de esta execrable zanja, toda ella manchada de sangre?

QUINTO.—Me siento invadido de un terror extraordinario; un sudor helado inunda todos mis miembros temblorosos. Mi corazón sospecha más cosas de las que ven los ojos.

MARCIO.—Para probarte que tu corazón adivina lo cierto, asomaos a esta caverna, Aarón y tú, y ved un terrible espectáculo de muerte y de sangre.

QUINTO.—Aarón se ha marchado; y mi corazón compasivo no puede permitir a mis ojos contemplar el objeto cuya sola sospecha le hace estremecer. ¡Oh, dime qué es! Jamás hasta ahora me he sentido tan niño para temer sin saber por qué.

MARCIO.—El príncipe Bassiano yace aquí en un montón como un cordero degollado, en medio de este antro detestable, tenebroso y empapado de sangre.

QUINTO.—Si este antro es tan sombrío, ¿cómo puedes saber que es él?

MARCIO.—Lleva en su dedo ensangrentado un anillo precioso, cuyo brillo ilumina toda esa profundidad como una lámpara sepulcral resplandece sobre las miradas terrosas de los muertos y muestra las entrañas rugosas de este abismo: tal el pálido claror de la luna caída sobre Príamo yacente en la noche y bañado en su pura sangre. ¡Oh hermano mío! Ayúdame con tu mano desfalleciente, si el temor no te ha hecho tan débil como a mí. Ayúdame a salir de esta cruel y devoradora madriguera, tan odiosa como la boca oscura del Cocito.

QUINTO.—Tiéndeme la mano para que pueda ayudarte a subir; o, si la fuerza me falta para hacerte este servicio, seré arrastrado por tu peso en el seno de este abismo, tumba del pobre Bas-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

siano. ¡Ah! No tengo fuerzas bastantes para traerte hacia el borde.

MARCIO.—Ni yo tampoco para subir sin tu auxilio.

QUINTO.—Dame otra vez tu mano; no la dejaré hasta que, o tú salgas afuera, o yo me precipite al fondo. No puedes venir a mí; yo voy a ti. *(Cae dentro.)*

Vuelve a entrar AARÓN *con* SATURNINO

SATURNINO. — Venid conmigo. Quiero ver qué agujero es éste y quién es el que acaba de precipitarse en él.

MARCIO.—El desgraciado hijo del viejo Andrónico, conducido aquí por el más fatal destino, para hallar dentro a tu hermano Bassiano muerto.

SATURNINO.—¿Mi hermano muerto? Tú no hablas seriamente. El y su esposa se hallan hacia el norte del bosque, en el lugar de reunión de esta agradable cacería. No hace una hora los he dejado allí.

MARCIO.—No sabemos dónde le habréis dejado vivo; pero ¡ay!, nosotros le hemos hallado aquí muerto.

Entran TAMORA, *con su séquito;* TITO ANDRÓNICO *y* LUCIO

TAMORA. — ¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está el emperador?

SATURNINO.—Aquí, Tamora; pero traspasado de una pena mortal.

TAMORA.—¿Dónde está vuestro hermano Bassiano?

SATURNINO.—¡Oh! Tocáis al fondo de mi herida. El infortunado Bassiano yace aquí asesinado.

TAMORA.—Entonces, os traigo demasiado tarde este fatal escrito. *(Dándole una carta.)*: el plan de esta tragedia prematura; y me asombra que la mirada de un hombre pueda ocultar en los pliegues de una sonrisa graciosa tanta crueldad y barbarie.

SATURNINO. — *(Leyendo.)* «Y caso de que no nos sea posible reunirle a propósito, mi buen cazador, queremos decir a Bassiano, piensa tan sólo en cavar una tumba para él; ya nos entiendes. Ve a buscar tu recompensa debajo de las ortigas, al pie del saúco que cubre con su umbría la abertura de esta misma zanja donde hemos decidido enterrar a Bassiano. Hazlo así, y tendrás en nosotros unos amigos fieles.» ¡Oh Tamora! ¿Se ha oído jamás nada semejante? He aquí la zanja, y ahí el saúco. Mirad, amigos, si podéis descubrir al cazador que debe de haber asesinado aquí a Bassiano.

AARÓN.—Mi digno soberano, aquí está el saco de oro.

SATURNINO.—*(A* TITO.*)* Dos perros nacidos de ti, perros crueles y sanguinarios, han quitado a mi hermano la vida. Extraedlos del foso para ponerlos en prisión; que permanezcan allí hasta que hayamos inventado para su suplicio torturas nuevas e inauditas.

TAMORA.—¡Cómo! ¿Están en esta zanja? ¡Oh prodigio! ¡Con qué facilidad se descubre al asesino!

TITO.—Augusto emperador, de rodillas os pido una gracia, con lágrimas que no corren fácilmente: que este crimen atroz de mis malditos hijos, malditos sean, si se prueba su crimen.

SATURNINO.—¡Si se prueba! ¡Bien a la vista está! ¿Quién ha encontrado esta carta? ¿Habéis sido vos, Tamora?

TAMORA.—Ha sido el propio Andrónico quien la ha recogido.

TITO.—Sí, he sido yo, señor; y, sin embargo, permitidme su caución, pues hago voto, por la tumba de mi padre venerable, que ellos estarán siempre dispuestos a presentarse bajo las órdenes de Vuestra Majestad y a responder con sus vidas de vuestras sospechas.

SATURNINO. — No tendrás su caución. Vamos, seguidme. Que unos se lleven el cuerpo y que otros conduzcan a los asesinos. Que no digan una palabra. La culpabilidad es evidente. Por mi alma, que si existiera un fin más cruel que la muerte, se lo haría sufrir.

TAMORA.—Andrónico, rogaré al rey por ti; no temas nada por tus hijos; saldrás del apuro.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TITO. — Vamos, Lucio, vamos. No te detengas a hablar con ellos. *(Salen por diversos sitios.)*

ESCENA IV

Otra parte del bosque

Entran DEMETRIO *y* CHIRÓN, *con* LAVINIA, *violada, y cortadas la lengua y las manos*

DEMETRIO.—Anda, ahora; di, si puedes hablar, quién te ha cortado la lengua y te ha deshonrado.

CHIRÓN. — Escribe tu pensamiento; traiciona así tus sentimientos, y, si tus muñones te lo permiten, haz el oficio de escribano.

DEMETRIO.—Ve cómo puede manifestar su resentimiento con signos y señales.

CHIRÓN. — Márchate a tu casa, pide agua de olor y lávate las manos.

DEMETRIO—No tiene lengua para llamar ni manos para lavarse Así, pues, dejémosla entregada a sus paseos silenciosos.

CHIRÓN. — Yo, en su puesto, iría a ahorcarme.

DEMETRIO.—Sí, si tuvieras manos con que ayudarte a anudar la cuerda. *(Salen* DEMETRIO *y* CHIRÓN.*)*

Entra MARCO

MARCO.—¿Qué es esto? ¿Es mi sobrina que huye tan apresuradamente? Una palabra, sobrina, ¿dónde está tu esposo? Si es un sueño, quisiera despertarme a costa de cuanto poseo. Y si estoy despierto, que la influencia de algún astro fatal me hiera y me hunda en un sueño eterno. Háblame, querida sobrina. ¿Qué mano feroz y sin piedad te ha mutilado así? ¿Quién ha cortado y despojado a tu cuerpo de sus dos ramas, de sus dulces huesos, a cuya sombra han deseado dormir los reyes, sin lograr obtener una dicha tan grande como la mitad de la ternura? ¿Por qué no me respondes? ¡Ay! Un arroyo carmesí de sangre humeante, como una fuente hirviente y agitada por el viento, sale y desciende entre tus dos labios de rosa y va y viene con el aliento de la respiración. Seguramente algún nuevo Téreo ha profanado tu flor y, para impedir que descubras su delito, te ha cortado la lengua. ¡Ah! Ahora vuelves el rostro confundida, y, a pesar de la sangre que pierdes y que sale como de un conducto con tres bocas, tus mejillas se colorean todavía, como la cara de Titán cuando enrojece al aparecer por entre una nube. ¿Responderé por ti? ¿Diré que es verdad? ¡Que no logre leer en tu corazón esa bestia feroz, a fin de que pueda abrumarle de injurias para desahogar mi corazón! La pena oculta, cerrada como un horno cerrado, quema y calcina el corazón donde se encierra. La bella Filomela no perdió sino la lengua y llegó a bordar sus sentimientos sobre un enojoso cañamazo; pero a ti, amable sobrina, te ha sido quitado este recurso. Has encontrado un Téreo más infame, que ha cortado tus lindos dedos, que habrían bordado m e j o r que los de Filomela. ¡Oh! Si el monstruo hubiera visto esas manos de lirio temblar, como las hojas del álamo, sobre un laúd, y hacer vibrar sus cuerdas de seda, de placer de ser por ellas acariciadas, no hubiera podido tocarlas, al precio mismo de su vida. Si hubiera oído la celeste armonía que producía esa lengua melodiosa, habría dejado escapar de sus manos el cuchillo cruel y quedádose dormido como Cerbero a los pies del poeta de Tracia. Vamos, ven; ven a causar la ceguera de tu padre, pues semejante vista debe volver a un padre ciego. Una tempestad de una hora basta para anegar las praderas perfumadas. ¿Qué no producirán sobre los ojos de tu padre años enteros de lágrimas? No me huyas. Lloraremos contigo. ¡Oh! ¡Quisiera el cielo que nuestras lágrimas puedan aplacar tu sufrimiento! *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Roma.—Una calle

Entran Senadores, Tribunos y Oficiales de Justicia, con MARCIO *y* QUINTO, *encadenados, que se dirigen al lugar de la ejecución.* TITO *los precede, interceciendo por ellos*

TITO.—Oídme, venerables padres de la patria. Nobles tribunos, deteneos un instante, en consideración a mi edad, cuya *juventud empleóse en peligrosas guerras,* mientras vosotros dormíais en paz. En nombre de toda la sangre afín que he vertido por la gran causa de Roma; de todas las noches heladas, durante las cuales he velado; en nombre de las amargas lágrimas que veis cubrir mis mejillas de las arrugas de la vejez, tened piedad de mis hijos condenados, cuyas almas no son tan perversas como se imagina. He perdido veintidós hijos, sin verter jamás una lágrima, muertos en la noble lucha del honor. *(Se arroja a tierra.)* Es por ellos, tribunos, por ellos por quienes escribo sobre el polvo la angustia profunda de mi corazón y las lágrimas de mi alma, que riegan la tierra alterada. La sangre de mis queridos hijos la hará enrojecer de vergüenza. *(Salen los Tribunos, etc., con los presos.)* ¡Oh tierra! Prodigaré a tu sed más lágrimas cayendo de estas dos urnas envejecidas, que el tierno abril te dará rocíos. En los ardores del verano te rociaré todavía. En el invierno fundiré tus nieves con mis abrasadoras lágrimas, y mantendré un eterno verdor sobre tu superficie, si rehusas beber la sangre de mis caros hijos. *(Entra* LUCIO, *con su espada desnuda.)* ¡Oh reverenciados tribunos! Buenos ancianos, libertad a mis hijos de sus cadenas; revocad el decreto de su muerte y hacedme decir, a mí que nunca había llorado, que mis lágrimas se hallan dotadas de una elocuencia persuasiva.

LUCIO.—Mi noble padre, os lamentáis en vano. Los tribunos no os oyen; no hay nadie aquí, y contáis vuestros dolores a una piedra.

TITO.—¡Ah Lucio! Déjame interceder por tus hermanos. Respetables tribunos, os conjuro una vez más...

LUCIO.—Mi venerable padre, no hay tribunos que puedan oíros.

TITO.—¡Cómo! No importa, hombre. Si me escuchan, no repararán en mí, o bien, como les soy completamente inútil, no me oirán sin apiadarse. Por eso cuento mis dolores a las piedras. Si éstas no pueden responder a mis lamentos, a lo menos son de mejor condición que los tribunos. No interrumpen mi doloroso relato. Cuando lloro, reciben humildemente mis lágrimas y parece que lloran conmigo. Si estuvieran tocadas de largos vestidos de luto, Roma no tendría tribunos que pudieran compararseles. Sí, la piedra es blanda como la cera; los tribunos son más duros que la roca. La piedra es silenciosa y no hiere; los tribunos, con su lengua, condenan a las personas a muerte. *(Se levanta.)* Pero ¿por qué te veo con la espada desnuda?

LUCIO.—Fué para arrancar de la muerte a mis dos hermanos; y, por tal tentativa, los jueces han pronunciado contra mí la sentencia de destierro perpetuo.

TITO.—¡Qué feliz eres! Te han tratado con amistad. ¡Cómo! Lucio, insensato, ¿no adviertes que Roma no es sino una madriguera de tigres? Los tigres necesitan una presa, y Roma no tiene otra que ofrecer sino a mí y a los míos. ¡Qué venturoso eres, desterrado lejos de estos

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tigres devoradores! Pero ¿quién viene aquí, con nuestro hermano Marco?

Entran MARCO *y* LAVINIA

MARCO.—Tito, prepara tus nobles ojos a llorar, antes que tu corazón estalle de dolor. Traigo a tu vejez una pena consumidora.

TITO.—¿Me consumirá? Muéstramela, entonces.

MARCO.—Esta fué tu hija.

TITO.—Sí, Marco, y lo es aún.

LUCIO.—¡Ay de mí! ¡Este espectáculo me mata!

TITO.—Muchacho de corazón débil, levántate y mírala. ¡Habla, mi Lavinia! ¿Qué mano maldita te envía así, mutilada, ante las miradas de tu padre? ¿Qué insensato va a llevar agua al océano o a arrojar leña a Troya en llamas? Antes que te viera, ya mi dolor había llegado al colmo; y ahora, como el Nilo, ya no conoce límites. ¡Dadme una espada, que corte también mis manos, pues han combatido por Roma y combatido vanamente! ¡Han alimentado mi vida y prolongado mis días para esta horrenda desgracia! ¡Las he tendido en balde en una plegaria inútil; y no me han servido sino para usos sin resultado! Ahora todo el servicio que les pido es que la una me ayude a cortar la otra. Está bien, Lavinia, que no tengas ya manos, pues resulta inútil tenerlas para servir a Roma.

LUCIO.—Habla, gentil hermana; di: ¿quién te ha martirizado de ese modo?

MARCO.—¡Ay! Aquel delicioso órgano de sus pensamientos, que los expresaba con una elocuencia tan dulce, ha sido arrancado de su linda caja hueca, donde, como pájaro melodioso, cantaba esas dulces y agradables notas que maravillaban a todos los oídos.

LUCIO.—¡Oh! ¡Hablas tú por ella! ¿Quién ha cometido esa acción?

MARCO.—¡Oh! La he hallado errante en el bosque, buscando dónde esconderse, como la tímida corza que ha recibido una herida incurable.

TITO.—¡Era mi corza querida, y quien la ha herido me ha causado más daño que si me hubiera dejado muerto! Ahora soy como un hombre sobre una roca rodeada de una vasta extensión de mar y que ve la marea ascender ola tras ola, esperando el momento en que alguna envidiosa nave se sumerja en sus entrañas saladas. ¡Este es el camino por donde mis desgraciados hijos han marchado a la muerte! He aquí a mi otro hijo, condenado a destierro, y a mi hermano, que llora mis desgracias; mas de todos mis males, el que da a mi alma el golpe más cruel es la suerte de mi cara Lavinia, que es más querida que mi alma. Si hubiera visto tu retrato en ese estado horrible, habría bastado para volverme loco. ¿Qué será cuando te contemplo, así, en persona, en tan terrible situación? ¡No tienes manos para enjugar tus lágrimas, ni lengua para decir quién te ha martirizado! Tu esposo está muerto, y, por su muerte, tus hermanos habrán sido condenados y ejecutados a estas horas. ¡Ve, Marco! ¡Ah Lucio, mi hijo, mírala! Cuando he nombrado a sus hermanos, nuevas lágrimas han corrido por sus mejillas, como un dulce rocío sobre un lirio cogido y ya ajado.

MARCO.—Quizá llore porque hayan matado ellos a su esposo, o tal vez porque los sepa inocentes.

TITO.—Si son ellos los que han dado muerte a tu esposo, regocíjate entonces; la ley ha vengado su muerte. ¡No, no; ellos no han cometido una acción tan atroz! Lo indica el dolor que muestra su hermana. Mi querida Lavinia, déjame besar tus labios, o hazme entender por algunos signos cómo podría consolarte. ¿Quieres que tu buen tío y tu hermano Lucio y tú y yo vayamos a sentarnos alrededor de alguna fuente, todos con los ojos inclinados hacia su onda, para ver cómo nuestras mejillas están marcadas por las lágrimas, semejantes a las praderas húmedas aún del limo que ha

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

dejado en su superficie una inundación? ¿Iremos a unir nuestras miradas sobre el manantial, hasta que la dulzura de sus límpidas aguas se altere por el amargor de nuestras lágrimas? ¿O prefieres que nos cortemos las manos, como han sido cortadas las tuyas, o que nos cortemos las lenguas con nuestros dientes y que pasemos, sin otra voz que nuestros signos mudos, el resto de nuestros execrables días? Nosotros, que poseemos nuestras lenguas, imaginemos algún plan de miserias más horribles, para asombrar al porvenir con nuestros desastres.

LUCIO. — Mi tierno padre, cesad en vuestros lloros, pues veis como vuestra desesperación hace llorar y sollozar a mi pobre hermana.

MARCO.—Ten paciencia, querida sobrina. Buen Tito, seca tus ojos.

TITO. — ¡Oh Marco, Marco, hermano mío! Sé bien que tu pañuelo no puede ya beber una sola de mis lágrimas, pues tú, hombre infortunado, lo has empapado todo de las tuyas!

LUCIO.—¡Ah mi Lavinia! Quiero enjugar tus mejillas.

TITO.—¡Ve, Marco, ve! ¡Comprendo sus signos! Si tuviese lengua para hablar, diría en este momento a su hermano lo que yo acabo de decirte: «que el pañuelo todo empapado de lágrimas de su hermano no puede servir para enjugar sus húmedas mejillas.» ¡Oh, qué simpatía de desgracias! ¡Tan alejadas de todo remedio como el limbo está del cielo!

Entra AARÓN

AARÓN. — Tito Andrónico, el emperador, mi amo, me envía a decirte que, si amas a tus hijos, podéis, sea Marco, sea Lucio, seas tú mismo, anciano, cualquiera de vosotros, en fin, cortaros una mano y mandársela al rey, que en pago te devolverá tus dos hijos vivos, y que eso será el rescate de su crimen.

TITO.—¡Oh generoso emperador! ¡Oh buen Aarón. ¿El negro cuervo ha hecho jamás oír acentos parecidos a los de la alondra, que nos advierte con sus cantos la salida del sol? De todo corazón accedo a remitir mi mano al emperador. Buen Aarón, ¿quieres ayudarme a cortarla?

LUCIO.—¡Deténte, padre! No perderás esa mano, esa mano gloriosa que ha aterrado a tantos enemigos. La mía servirá para el trueque. Mi juventud tiene más sangre que perder que vos; y, por consiguiente, mi mano será la que salve la vida de mis hermanos.

MARCO.—¿Cuál de vuestras manos no ha defendido a Roma y blandido el hacha de armas sangrienta, escribiendo la destrucción sobre el casco de los enemigos? ¡Ah! No tenéis mano que no sea ilustre por raras proezas. La mía queda ociosa; que ella sirva hoy de rescate para arrancar a mis sobrinos de la muerte. La habré conservado entonces para un noble fin.

AARÓN. — Vamos, poneos pronto de acuerdo sobre qué mano será sacrificada, no sea que mueran ellos antes de llegar su perdón.

MARCO.—Será mi mano.

LUCIO.—¡Por el Cielo, no lo será!

TITO.—Señores, no disputéis más. Hierbas tan marchitas como éstas son buenas de arrancar, y debe ser la mía.

LUCIO.—Mi dulce padre, si me tienes por tu hijo, déjame que redima a mis dos hermanos de la muerte.

MARCO.—Por el amor de nuestro padre, en nombre del cariño de nuestra madre, déjame probarte en este momento la ternura de un hermano.

TITO. — Arreglaos entre vosotros; yo quiero privarme de mi mano.

LUCIO.—Voy en busca de un hacha.

MARCO.—Pero a mí es a quien servirá *(Salen* LUCIO *y* MARCO.)

TITO.—Acércate, Aarón; quiero engañarles. Préstame tu mano y te daré la mía.

AARÓN.—Si a ello se llama engañar, quiero ser honrado y nunca engañar así a los hombres mientras viva. *(Aparte.)* Mas yo te engañaré de otra manera, y

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

lo verás antes que pase media hora. *(Corta la mano de* TITO.)

Vuelven a entrar LUCIO *y* MARCO

TITO.—Cesad ahora en vuestra disputa. Lo que debía ser, está hecho. Buen Aarón, ve y entrega mi mano al emperador. Dile que es mi mano la que le ha protegido contra mil peligros; que la entierre; ha merecido más; que obtenga esto al menos. En cuanto a mis hijos, dile que los miro como joyas compradas a poco precio, y, sin embargo, bien caramente también, pues no he adquirido sino lo que me pertenece.

AARÓN.—Parto, Andrónico, y, al precio de tu mano, verás contigo tus hijos. *(Aparte.)* ¡Sus cabezas, quiero decir! ¡Oh, cómo me alimenta la sola idea de esta maldad! Que los locos hagan el bien y que los hombres bien formados pretendan agradar. ¡Aarón quiere tener el alma tan n e g r a como su rostro! *(Sale.)*

TITO.—¡Oh! ¡Elevo al cielo esta mano que me queda y doblo hasta la tierra este cuerpo caduco! Si existe potencia alguna que sienta piedad de las lágrimas de los desgraciados, a ella imploro. ¡Cómo! ¿Quieres prosternarte conmigo? ¡Hazlo, alma querida! El Cielo escuchará nuestras plegarias, u oscureceremos con nuestros suspiros la bóveda celeste, y empañaremos la cara del sol con un vapor semejante al de esas nubes que le estrechan a veces contra su húmedo seno.

MARCO.—No, hermano; pide cosas posibles, y no te arrojes a ese abismo de penas.

TITO.—¿Acaso mi desventura no es un abismo, pues carece de fondo? ¡Que mi dolor no tenga fondo como él!

MARCO.—Que tu corazón, no obstante, gobierne tu dolor.

TITO.—Si hubiera alguna razón para mis desgracias, podría contener mi sufrimiento en ciertos límites. Cuando el cielo llora, ¿no está la tierra inundada? Si los vientos se enfurecen, ¿no se convierte la mar en furiosa, amenazando al firmamento con su seno inflado? ¿Y quieres una razón de este tumulto? Yo soy la mar. Oye la violencia de sus suspiros; mi hija es el firmamento en lágrimas, y yo la tierra. Es preciso que la mar se agite con sus suspiros. Es preciso que mi tierra, sumergida e inundada por su continuo llanto, se convierta en diluvio. Mis entrañas no pueden contener mi desesperación. Necesario es, pues, que, como un borracho, las vomite. ¡Así, dejadme en libertad! ¡Los que pierden deben tener la libertad de desahogarse el corazón con la malignidad de sus lenguas!

Entra un MENSAJERO, *con dos cabezas y una mano*

MENSAJERO.—Digno Andrónico, has pagado mal con esta noble mano que remitiste al emperador. Aquí están las cabezas de tus dos valerosos hijos y aquí la mano, que se te devuelve con desprecio. Tus penas constituyen su diversión; se burlan de tu valor. ¡Sufro más al pensar en tus infortunios que al recordar la muerte de mi padre! *(Sale.)*

MARCO.—¡Que el hirviente Etna se extinga ahora en Sicilia! ¡Y que mi corazón nutra la llama eterna de un infierno! ¡Son demasiados males para poderlos soportar! ¡Llorad con los que lloran consuela un poco; pero una pena que es un insulto implica una doble muerte!

LUCIO.—¡Ah! ¡Que este espectáculo me infiera una herida tan profunda, y que no sucumba la odiosa vida! ¡Que la muerte permita a la vida usurpar su nombre cuando la vida no encuentra otro bien más que el aliento! (LAVINIA *besa a* TITO.)

MARCO.—¡Ay pobre corazón! Ese beso es sin consuelo, como el agua helada para una serpiente transida de hambre.

TITO.—¿Cuándo dará fin este espantoso sueño?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MARCO.—¡Adiós, ahora, toda ilusión! ¡Muere, Andrónico; no descanses; ve las cabezas de tus dos hijos; tu mano guerrera cortada; tu hija, mutilada; tu otro hijo, desterrado, pálido e inanimado ante este horrible aspecto, y yo, tu hermano, frío e inmóvil como una estatua de piedra. ¡Ah! ¡No quiero yo buscar moderaciones a tu desesperación; arráncate los cabellos plateados, descarna con tus dientes tu otra mano y que este horroroso espectáculo cierre, en fin, nuestros demasiado infortunados ojos!

TITO.—¡Ja, ja, ja!

MARCO.—¿Por qué te ríes? No es adecuado el momento.

TITO.—¡No me queda una sola lágrima que verter! Además, esta desesperación es un enemigo que quiere invadir mis ojos húmedos y hacerlos ciegos, obligándoles a pagar el tributo de su llanto. ¿Por cuál camino, pues hallaré la caverna de la venganza? Porque esas dos cabezas parecen hablarme y amenazarme para que no entre jamás en la morada de la dicha hasta que todas estas desgracias repercutan sobre los que las han ocasionado. Vamos, veamos qué tarea he de emprender. Rodeadme, entristecidos compañeros, para que pueda volverme hacia cada uno de vosotros y jurar a mi alma vengar tales afrentas. El voto está empeñado. Vamos, hermano, coge una cabeza y yo llevaré la otra en esta mano. Lavinia, tú también serás empleada en esta obra; lleva mi mano, querida muchacha, entre tus dientes. En cuanto a ti, muchacho, márchate, aléjate de mi vista; estás desterrado y no debes permanecer aquí. ¡Corre al campo de los godos! ¡Levanta entre ellos un ejército! Y, si como creo, me amas, abracémonos y parte, pues tenemos mucho que hacer. *(Salen* TITO, MARCO *y* LAVINIA.)

LUCIO.—¡Adiós, Andrónico, mi noble padre, el hombre más desgraciado que haya vivido jamás en Roma! Lucio deja aquí, hasta su retorno, las prendas más caras de su vida. ¡Adiós, Lavinia, mi noble hermana! ¡Oh! ¡Ojalá fueses lo que antes eras! Pero, al presente, Lucio y Lavinia no viven sino en el olvido y en las penas insoportables. Si Lucio vive, vengará vuestros ultrajes y forzará al orgulloso Saturnino y a su emperatriz a mendigar a las puertas de Roma, como antaño Tarquino y su reina. Ahora voy a los godos, y levantaré un ejército para vengarme de Roma y de Saturnino. *(Sale.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Aposento en la casa de Tito. Se ve un banquete preparado

Entran TITO, MARCO, LAVINIA *y el joven* LUCIO, *un mozalbete*

TITO.—Está bien, está bien; ahora sentaos, y pensad en no tomar otro alimento sino el estrictamente preciso para conservar en vosotros las suficientes fuerzas para vengar nuestras espantosas desgracias. Marco, desata el nudo de tus dolorosas caricias. Tu sobrina y yo, pobres criaturas, estamos privados de nuestras manos y no podemos expresar nuestro profundo sentimiento estrechándonos en nuestros brazos. Esta pobre mano derecha que me resta, sólo me vale para atormentar mi pecho; y cuando mi corazón, loco ya por el sufrimiento, late violentamente en esta prisión de carne, lo reprime así con sus golpes. *(A* LAVINIA.) Tú, mapa de dolores, que me hablas por señas, no puedes, cuando tu corazón acelera sus latidos dolorosos, golpearle como yo, para aplacarte. Hiérele, hija mía; mátale a sollozos, o coge un pequeño cuchillo entre los dientes y hazle una abertura allí donde palpite tu corazón, para que todas las lágrimas que dejan caer tus pobres ojos se deslicen por esta hendidura y extingan en ondas amargas ese corazón insensato que se lamenta.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MARCO.—¡Quita allá, hermano! Quita! ¡No enseñes a tu hija a llevar manos homicidas a su frágil existencia!

TITO.—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Te hace ya el dolor desvariar? Qué, Marco, ¿no es a mí solo a quien corresponde estar demente? ¿Qué manos homicidas puede dirigir contra su existencia? ¡Ah! ¿Por qué pronuncias el nombre de manos? Es apremiar a Eneas a que cuente dos veces el incendio de Troya y la historia de sus crueles infortunios. ¡Oh! Evita tocar un tema que te obliga a hablar de manos, de modo que nos recuerde que carecemos de ellas. ¡Guárdate, guárdate! ¡Qué extravagantes discursos! ¡Cómo si pudiéramos olvidarnos de que no tenemos manos, cuando hasta Marco nos pronuncia la voz de manos!... ¡Vamos, demos principio! Prueba esto, querida hija. ¿No hay nada de beber? Oye, Marco, lo que quiere decir. Puede interpretar sus señas dolorosas. Dice que no bebe otra bebida sino sus lágrimas revueltas con sus penas y fermentadas sobre sus mejillas. Muda infortunada, yo interpretaré tus pensamientos, y sabré tanto de tus gestos mudos como los eremitas mendicantes conocen sus santas plegarias. No exhalarás un suspiro, ni elevarás tus muñones al cielo, ni harás un guiño con los ojos, una señal con la cabeza, ni te pondrás de rodillas, ni apuntarás un gesto, que yo no lo traslade a un alfabeto y consiga, mediante una asidua práctica, saber lo que quieres decir

MOZALBETE.—Buen abuelo, deja esos lamentos profundos y amargos y distrae a mi tía con algún cuento alegre.

MARCO.—¡Ay! El pobre niño, movido por nuestros dolores, llora al ver la pena de su abuelo.

TITO.—Cálmate, tierno retoño; estás hecho de lágrimas y tu vida se fundirá pronto con ellas. (MARCO *golpea el plato con un cuchillo.*) ¿Qué golpeas con el cuchillo, Marco?

MARCO.—Lo que he matado, señor; una mosca.

TITO.—¡Maldición sobre ti, asesino! Das muerte a mi corazón. Mis ojos están saciados de ver la tiranía. Un acto de muerte ejercido sobre un ser inocente no cuadra al hermano de Tito. ¡Sal de mi presencia! Veo que no estás hecho para mi compañía.

MARCO.—¡Pero, señor! Sólo he matado una mosca.

TITO.—¿Y qué? ¿Y si esa mosca tuviera un padre y una madre? ¡Cómo les veríais dejar caer sus alas doradas y finas y herir el aire con su doliente murmurio! ¡Pobre e inocente mosca, que había venido aquí para divertirnos con su zumbido melodioso! Tú la has matado.

MARCO.—Perdonadme, señor. Era una mosca negra y deforme, parecida al moro de la emperatriz. Por eso la he matado.

TITO.—¡Oh, oh, oh! Perdóname, entonces, por haberte reprendido; has hecho una acción caritativa. Dame el cuchillo; voy a ultrajar su cadáver, haciéndome la ilusión como si viera en él al moro, que hubiera venido expresamente a envenenarme. ¡Toma por ti, y eso por Tamora! ¡Ah malvado! Empero, no me parece que hayamos caído tan bajo que no podamos entre nosotros matar una mosca que viene a ofrecernos parecido con ese moro negro como el carbón.

MARCO.—¡Ay pobre hombre! El dolor hace tales estragos en él, que toma vanos fantasmas por objetos reales.

TITO.—Vamos, levantémonos. Lavinia, ven conmigo. Voy a tu gabinete, a leer en tu compañía las tristes aventuras de los tiempos pasados. Vamos, muchacho, sígueme; tu vista es joven y leerás cuando la mía comience a languidecer. (*Salen.*)

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Roma.—Jardín de Tito

Entran TITO *y* MARCO. *Inmediatamente, el joven* LUCIO, *y* LAVINIA, *corriendo tras de él*

MOZALBETE.—¡Auxilio, abuelo, auxilio! Mi tía Lavinia me sigue por todas partes sin saber por qué. Mi querido tío Marco, mirad qué aprisa corre. ¡Ay! *Dulce tía, yo no sé qué queréis significar.*

MARCO.—Quédate conmigo, Lucio; no temas a tu tía.

TITO.—Te ama demasiado, Lucio; no para causar mal alguno.

MOZALBETE.—Sí, cuando mi padre estaba en Roma, bien me quería.

MARCO.—¿Qué querrá decir mi sobrina Lavinia con esos signos?

TITO.—No tengas miedo de ella, Lucio. Algo quiere decir... Ve, Lucio, ve cómo te invita. Quiere que vayas a algún sitio con ella. ¡Ah mi niño! Jamás Cornelia puso más cuidado en enseñar a leer a sus hijos que Lavinia en hacer leer bellas poesías y las arengas de Tulio el orador. ¿No adivinas por qué te solicita con tanta insistencia?

MOZALBETE. — No sé nada, señor, ni pudo adivinarlo, a menos que sea algún acceso de frenesí que le acomete, pues frecuentemente he oído decir a mi abuelo que el exceso de pena vuelve a los hombres locos, y he leído que Hécuba de Troya acabó loca a fuerza de dolor. Esto es lo que me infunde miedo, aunque sé bien que mi noble tía me ama con tanta ternura como jamás mi madre, y que no quisiera llenar de terrores mi infancia, a no ser que se haya vuelto loca. Y esto es lo que me ha hecho arrojar los libros y huir sin razón quizá. Pero, perdón, querida tía. Sí, señora, si mi tío Marco quiere venir, os acompañaré con mucho gusto.

MARCO.—Sí, Lucio. (LAVINIA *vuelve sobre los libros que ha dejado caer* LUCIO.)

TITO.—¡Cómo! ¡Cómo! ¡Mi Lavinia! Marco, ¿qué significa esto? Hay un libro que quiere ver. ¿Cuál de ellos, hija mía? Abrelos, muchacho. Pero tú eres más letrada e instruída. Ve y escoge en *toda mi biblioteca* y engaña así tus penas, hasta que el Cielo revele al execrable autor de esas atrocidades. ¿Por qué levanta así sus brazos, el uno después del otro?

MARCO. — Creo que quiere decir que había más de un malvado unido contra ella en esta acción. Sí, había más de uno, o es que levanta sus brazos al cielo para implorar su venganza.

TITO.—Lucio, ¿qué libro es ese que agita de tal modo?

MOZALBETE. — Abuelo, las *Metamorfosis*, de Ovidio. Me lo ha dado mi madre.

MARCO.—Quizá por amor a la que ya *no existe*, ha elegido ese libro entre los otros.

TITO.—Silencio, silencio. Ved con qué actividad vuelve las hojas. Ayudadla. ¿Qué quieres hallar? Lavinia, ¿quieres que lea yo? *(Ayudándola.)* He aquí la trágica historia de Filomela, que narra la traición de Téreo y su rapto; y el rapto, bien lo temo, ha sido la fuente de tus desgracias.

MARCO.—Mirad, mirad, hermano. Advertid con qué atención considera las páginas.

TITO.—Lavinia, hija querida, ¿habrás sido tú también sorprendida, violada y ultrajada como fué Filomela, cogida a

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

la fuerza en el vasto silencio de los bosques sombríos e insensibles? ¡Mirad, mirad! Sí, he aquí la descripción de un lugar semejante a aquel donde cazamos (¡ah, ojalá nunca, nunca, hubiéramos cazado allí!); es parecidísimo al que describe el poeta y que la Naturaleza dijérase haberlo forjado para asesinos y raptores.

MARCO. — ¡Oh! ¿Por qué habrá construído la Naturaleza un antro tan horrible, a menos que los dioses no se complazcan en las tragedias?

TITO. — Dame algunas señas, querida hija. Aquí no están sino tus amigos. ¿Quién es el señor romano que se ha atrevido a cometer este atentado? ¿No se tratará de Saturnino, como hizo ya Tarquino, que abandonó el campo para mancillar el lecho de Lucrecia?

MARCO.—Siéntate, cara sobrina. Hermano, sentaos junto a mí. Apolo, Palas, Júpiter o Mercurio, inspiradme para que pueda descubrir esta traición. Señor, mirad aquí; mirad aquí, Lavinia. Este espacio de arena es llano; procura guiar como yo el bastón, si puedes, después de mí. *(Escribe su nombre con el bastón, que sostiene en la boca y guía con sus pies.)* He escrito mi nombre sin el auxilio de mis manos. ¡Maldito el infame que nos reduce a estos expedientes! Escribe, cara sobrina, y revela aquí el crimen que los dioses quieren que se descubra para tomar de él venganza! ¡Que el Cielo guíe este buril para que imprima netamente tus dolores, a fin de que conozcamos los traidores y la verdad! (LAVINIA *coge el bastón con sus dientes y, guiándose con sus muñones, escribe sobre la arena.)*

TITO. — ¡Oh! Leed, hermano, lo que acaba de escribir: *Estupro. Chirón. Demetrio.*

MARCO. — ¡Cómo! ¡Cómo! ¿Los hijos disolutos de Tamora son los autores de esta abominable y sangrienta acción?

TITO.

Magni dominator poli
Tam lentus audis scelera? Tam lentus vi-
[des? (1).

MARCO. — Cálmate, querido Tito, aunque convengo en que basta lo escrito sobre esa arena para amotinar a las más dulces almas y armar de furor el corazón de los niños. Señor, arrodillaos conmigo. Lavinia, arrodíllate, y tú, jovenzuelo, esperanza del Héctor romano, arrodíllate también, y jurad todos conmigo, como antaño jurara Junio Bruto ante la violación de Lucrecia, con el esposo desolado y el padre de esta deshonrada y virtuosa, jurad que perseguiremos con prudencia una venganza mortal contra esos traidores godos, y que veremos correr su sangre, o moriremos con esta afrenta.

TITO.—Eso sería seguro si supiésemos cómo. Si herís a esos oseznos, tened cuidado; su madre se despertará; y si os ventea, pensad que se halla ligada estrechamente con el león, que le mece y aduerme en su seno, y que, durante su sueño, puede realizar lo que se le antoje. Sois un cazador inexperto, Marco. Dejemos dormir esta idea y venid; voy a procurarme una hoja de bronce, y con un estilete de acero escribiré en ella estas palabras para ponerlas en seguro: los vientos irritados del Norte van a esparcir en el aire estas arenas, como las hojas de la Sibila. ¿Adónde habías dejado tu lección? ¿Qué te parece, muchacho?

MOZALBETE — Digo, señor, que, si fuera hombre, el dormitorio de su madre no sería asilo bastante seguro para esos miserables esclavos del yugo de Roma.

MARCO.— ¡Bravo! ¡He aquí a mi niño! Tu padre ha obrado frecuentemente así para esta ingrata patria.

---

(1) Pasaje alterado de nuestro Séneca *(Phedra, 671: Magne regnator deum...)*: «Supremo dominador del mundo, ¿eres tan bajo para ver y oír los crímenes que se cometen?»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MOZALBETE.—Y yo, tío, haré otro tanto, si vivo.

TITO.—Vamos, ven conmigo a mi arsenal. Voy a equiparte, Lucio; y en seguida, muchacho, llevarás de parte mía a los hijos de la emperatriz los presentes que tengo intención de enviarles a los dos. Ven, ven; serás el portavoz del mensaje, ¿no?

MOZALBETE.—Sí, y de un puñal para clavárselo a ambos en el pecho, abuelo.

TITO.—No, no es eso, muchacho. Yo te enseñaré otro medio. Vamos, Lavinia. Marco, vigila la casa; Lucio y yo vamos a hacer de bravos en la Corte. Sí, señor; lo haremos como lo digo, y se nos rendirán honores. *(Salen* TITO, LAVINIA *y el* MOZALBETE.)

MARCO.—¡Oh cielos! ¿Podéis oír los gemidos de un hombre de bien y no enterneceros, no apiadaros de sus males? Marco, sigue en su furor a este infortunado, que lleva en su corazón más heridas causadas por el dolor que marcas de golpes del enemigo sobre su broquel gastado; y, no obstante, es tan justo, que no se quiere vengar. ¡Cielos! ¡Encargaos vosotros de vengar al viejo Andrónico! *(Sale.)*

ESCENA II

El mismo lugar.—Aposento en el Palacio

Entran, por un lado, AARÓN, CHIRÓN *y* DEMETRIO, *y por el otro, el joven* LUCIO *y un* CRIADO *con un manojo de armas, sobre las cuales hay escritos versos*

CHIRÓN.—Demetrio, ése es el hijo de Lucio. Algún mensaje trae para nosotros.

AARÓN.—Sí, algún mensaje extravagante de parte de su extravagante abuelo.

MOZALBETE.—Señores, con la mayor humildad posible, saludo a vuestras grandezas de parte de Andrónico. *(Aparte.)* ¡Y ruego a los dioses romanos que os confundan a los dos!

DEMETRIO.—Muchas gracias, amable Lucio. ¿Qué hay de nuevo?

MOZALBETE.—*(Aparte.)* Que ambos habéis sido descubiertos como malhechores mancillados por un rapto; eso es lo que hay de nuevo. *(Alto.)* Por si ello os place, mi abuelo, bien aconsejado, os envía por mí las más bellas armas de su armería, para recompensar vuestra juventud ilustre, la esperanza de Roma, pues así me ha encargado que os llame. Y tal hago, presentando a vuestras señorías estas dádivas, para que en la ocasión estéis bien armados y equipados; y con esto me despido de los dos *(Aparte.)* como de sanguinarios villanos. *(Salen el* MOZALBETE *y el Criado.)*

DEMETRIO.—¿Qué hay aquí? Un rollo escrito alrededor. Veamos. *(Lee.)*

Intever vitæ, scelerisque purus,
Non eget Mauri jaculis, nec arcu.

¡Oh! Con unos versos de Horacio (1); los conozco bien. Hace tiempo los leí en la gramática.

AARÓN.—Sí, justamente unos versos de Horacio es lo que aquí tenéis. *(Aparte.)* Ahora, ¡lo que es ser un asno! Esta no es una broma de buen género; el viejo ha descubierto su crimen, y les envía estas armas envueltas en esos versos, que les hieren al vivo, sin que lo noten. Si nuestra espiritual emperatriz se hallase levantada, hubiera aplaudido la ingeniosa idea de Andrónico. Mas dejémosla reposar algún tiempo sobre su lecho sin reposo. *(Alto.)* Y ahora, mis queridos señores, ¿no es una estrella propicia la que nos ha traído a Roma, extranjeros, y, lo que es peor, cautivos, para ser elevados a esta fortuna suprema? Esto me ha permitido desafiar al tribuno ante la puerta del palacio, en presencia de su hermano.

DEMETRIO.—Y a mí hasta llegar a ver a un hombre tan ilustre insinuarse vil-

(1) *Odas*, I, 22: «El hombre cuya vida es pura y exenta del crimen no tiene necesidad ni del arco ni de las flechas del moro.»

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mente en nuestro favor y enviarnos regalos.

AARÓN. — ¿No tiene razón, señor Demetrio? ¿No habéis tratado a su hija como amigos?

DEMETRIO.—Quisiera que tuviéramos un millar de damas romanas a nuestra merced para volver a saciar nuestros apetitos voluptuosos.

CHIRÓN.—He aquí un deseo caritativo y lleno de amor.

AARÓN.—No falta aquí más que vuestra madre para decir amén.

CHIRÓN.—Y lo diría, aunque hubiera veinte mil romanas en el mismo caso.

DEMETRIO.—Vamos, venid; vamos a rogar a los dioses por nuestra amada madre, que está ahora en el trance.

AARÓN.—*(Aparte.)* Rogad más bien a todos los demonios. Los dioses nos han abandonado. *(Suenan trompetas.)*

DEMETRIO. — ¿Por qué suenan así las trompetas del emperador?

CHIRÓN. — Debe de ser por la alegría que siente de haber tenido un hijo.

DEMETRIO.— ¡Silencio! ¿Quién viene?

Entra una NODRIZA, *con un niño moro, negro*

NODRIZA.— ¡Buenos días, señores! ¡Oh! Decidme: ¿habéis visto a Aarón, el moro?

AARÓN.—Bien; un poco más, un poco menos, o todo entero, éste es Aarón. ¿Qué queréis con Aarón?

NODRIZA.— ¡Oh mi querido Aarón! Estamos perdidos. ¡Venid en nuestro auxilio, o la desgracia os hundirá para siempre!

AARÓN. — ¡Cómo! ¿Qué maullido es ése? ¿Qué tenéis envuelto en los brazos?

NODRIZA.— ¡Oh! ¡Lo que quisiera ocultar a los ojos del Cielo! ¡El oprobio de nuestra emperatriz y la vergüenza de la soberbia Roma!... ¡Alumbrada, señores, alumbrada!

AARÓN.—¿Alumbrada?

NODRIZA.—Quiero decir que ha dado a luz.

AARÓN.— ¡Ah! Muy bien, que sea con felicidad. Y ¿qué ha tenido?

NODRIZA.— ¡Un demonio!

AARÓN.— ¡Cómo! Entonces es la hembra del diablo. ¡Delicioso linaje!

NODRIZA. — Llamadlo desgraciado, horrendo, negro y triste linaje. He aquí el niño, tan repugnante como un sapo, en medio de los lindos chiquitines de nuestro clima. La emperatriz os lo envía; es vuestra imagen, sellada con vuestro sello, y os ordena que lo bauticéis con la punta de vuestro puñal.

AARÓN.— ¡Voto va, prostituta! ¿Es el negro un color tan villano? Precioso mofletudo, eres un delicado capullo, ciertamente.

DEMETRIO.— ¡Miserable! ¿Qué has hecho?

AARÓN.—Lo que tú no puedes deshacer.

CHIRÓN. — Has perdido a nuestra madre.

AARÓN. — ¡Villano! Yo he encontrado a tu madre.

DEMETRIO.— ¡Sí, perro del infierno, y por eso la has perdido! ¡Maldito sea su fruto, maldita su detestable elección y maldito el retoño de tan horrible diablo!

CHIRÓN.— ¡No vivirá!

AARÓN.— ¡No morirá!

NODRIZA.—Aarón, es preciso; su madre lo quiere así.

AARÓN. — ¿Es preciso absolutamente, nodriza? En ese caso, que nadie más que yo atente contra la vida de mi carne y de mi sangre.

DEMETRIO. —¡Espetaré ese renacuajo en la punta de mi espada! Tráelo, nodriza. Mi espada lo despachará al instante.

AARÓN.— ¡Ese hierro te hubiera penetrado más pronto en las entrañas! *(Toma al niño de los brazos de la* NODRIZA *y desenvaina.)* ¡Deteneos, asesinos cobardes! ¿Queréis matar a vuestro hermano? ¡Por los ardientes luminares del firmamento, que brillaban en todo su esplendor cuando este niño fué engendra-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

do, morirá con la punta afilada de mi cimitarra el que se atreva a tocar este niño, mi primogénito y heredero! Os lo aseguro, jóvenes: ni la propia Encelada, con toda la raza amenazadora de niños de Tifón, ni el gran Alcides, ni el dios de la guerra tendrán poder para arrancar este niño de las manos de su padre. ¡Cómo, cómo! ¡Niños de rojas mejillas y corazón vacío, muros blanqueados, pinturas de bodegón! El negro vale más que todos los colores. Desdeña recibir cualquier otro color. Toda el agua del océano no emblanquece jamás las patas negras del cisne, aunque las lave hora a hora en sus ondas. Decid de parte mía a la emperatriz que soy mayor de edad para guardar lo que me pertenece, y que se las arregle como pueda.

DEMETRIO. — ¿Quieres traicionar así a tu augusta señora?

AARÓN. — Mi señora es mi señora, y este infante soy yo; el vigor y el retrato de mi juventud. Lo prefiero al mundo entero, y a despecho del mundo entero conservaré sus días; o Roma verá que a alguno de vosotros le cuesta caro.

DEMETRIO.—Ese niño deshonra a nuestra madre para siempre.

CHIRÓN.—Roma la despreciará por este indigno desliz.

NODRIZA.—El emperador, en su rabia, la condenará a muerte.

CHIRÓN.—¡Enrojezco cuando pienso en esta ignominia!

AARÓN.—¡He ahí el privilegio de nuestra raza! ¡Huye, color traicionero, que, al enrojecer, traicionas los pensamientos ocultos del corazón! Ved un nene formado de otro matiz. Mirad cómo el morito sonríe a su padre y parece decirle: «Mi viejo, tuyo soy.» ¡Es vuestro hermano, señores, visiblemente nutrido de la misma sangre que os ha dado la vida, y que ha venido a la luz y salido del mismo vientre donde, como él, habéis estado aprisionados! No cabe duda; es vuestro hermano, y del lado más cierto, aunque mi sello esté impreso sobre su rostro.

NODRIZA.—Aarón, ¿qué diré a la emperatriz?

DEMETRIO.—Reflexiona, Aarón, sobre el partido que hay que tomar, y suscribiremos tu decisión. Salva al niño, así que todos estemos en salvo.

AARÓN. — Sentémonos y deliberemos juntos. Mi hijo y yo no nos colocaremos al viento de vosotros. Colocaos aquí. Ahora hablad a placer de vuestra seguridad. *(Se sientan.)*

DEMETRIO.—¿Cuántas mujeres han visto ya este niño?

AARÓN. — ¡Ahora vamos bien, bravos señores! Cuando estamos todos unidos, soy un cordero. Mas, si irritáis al moro, el jabalí enfurecido, la leona de las montañas, el océano irritado no serían tan terribles como Aarón. Vamos a ver de nuevo: ¿cuántas mujeres han visto al niño?

NODRIZA. — Cornelia la partera y yo; nadie más, a no ser la emperatriz su madre.

AARÓN.—La emperatriz, la comadrona y vos... Dos pueden guardar el secreto cuando la tercera no existe. ¡Ve a buscar a la emperatriz y dile lo que te digo! *(La apuñala.)* «¡Jui! ¡Jui!» Así es como chilla un cochinillo cuando se le prepara para asarle.

DEMETRIO. — ¿Qué pretendes, Aarón? ¿Por qué has hecho esto?

AARÓN. — ¡Oh querido señor; es un acto de política! ¿La dejaré vivir para traicionar nuestro crimen? ¿Una comadre parloteando con su lengua larga? No, señor, no; y ahora conoced todos mis designios. Cerca de aquí habita un cierto Muli, compatriota mío; su mujer estuvo ayer de parto. Su niño se le parece; es blanco como vosotros; id a arreglar el asunto con él: dadle oro a la madre e instruidla sobre todos los detalles del negocio. Decidle cómo su hijo, por este arreglo, será elevado y recibido por heredero del emperador, y sustituído en lugar del mío, a fin de aplacar esta tempestad que se forma en la Corte; dejad que el emperador lo acari-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cie como suyo. ¿Me entendéis, señores? Mirad: he sido su médico. *(Mostrando a la* NODRIZA.) Es preciso que cuidéis de sus funerales. Los campos no se hallan lejos y vosotros sois bravos camaradas. Hecho esto, no prolonguéis el retardo, sino enviadme al campo a la comadrona. Y una vez desembarazados de la partera y de la nodriza, que charlen a su gusto las damas.

CHIRÓN.—Veo, Aarón, que no quieres confiar a los aires tus secretos.

DEMETRIO.—Por el cuidado que pones en el honor de Tamora, ella y los suyos te deben un gran reconocimiento. *(Salen* DEMETRIO *y* CHIRÓN, *llevándose el cadáver de la* NODRIZA.)

AARÓN.—Corramos ahora a los godos, con la rapidez del vuelo de la golondrina, para depositar allí el tesoro que tengo entre los brazos y saludar secretamente a los amigos de la emperatriz. Vamos, ven, esclavillo de labios espesos; te llevaré de aquí, pues eres quien nos embarazas. Te haré alimentar con frutos silvestres, raíces, leche cuajada y suero; te haré mamar de una cabra y alojar en una caverna; y te elevaré para ser un guerrero y mandar un campo. *(Sale con el niño.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Una plaza pública

Entra TITO, *llevando flechas con cartas en sus extremos; detrás,* MARCO, *el joven* LUCIO, PUBLIO, SEMPRONIO, CAYO *y otros Caballeros con arcos*

TITO.—Ven, Marco, ven. Parientes, he aquí el camino. Vamos, muchacho: despliega ahora la destreza de tu arquería. En verdad, no te falla el tiro, y la flecha llega derecha al blanco. *Terras Astraea reliquit.* Acordaos bien, Marco. Ella es ida; ha partido. Señores, ved vuestros útiles. Parientes, iréis a sondear el océano y echaréis vuestras redes. Quizá halléis la justicia en el fondo del mar; y, sin embargo, habrá tan poca en el mar como en la tierra. No, Publio; no, Sempronio; tenéis que hacer esto. Sois vosotros los que debéis cavar con la azada y la espiocha y horadar el centro más recóndito de la tierra; y cuando lleguéis al reino de Plutón, os ruego que le presentéis esta petición. Decidle que es para solicitar justicia e implorar su auxilio; y que es de parte del viejo Andrónico, abrumado de penas en la ingrata Roma. ¡Ah Roma! Bien, bien. Yo he acarreado tu desgracia el día en que acumulé los sufragios del pueblo sobre el que así me tiraniza. Id, partid, y os lo ruego, estad todos bien atentos y no dejéis pasar un solo barco de guerra y haced una exacta pesquisición. Este malvado emperador pudiera haberla embarcado para quitarla de aquí; y entonces, parientes, apelaríamos en vano a la justicia.

MARCO.—¡Oh Publio! ¿No es éste un deplorable caso: ver así a tu honorable tío en el delirio?

PUBLIO.—Por ello nos importa mucho, señor, no abandonarle, vigilarle día y noche, y tratar lo más dulcemente posible su locura, hasta que el tiempo traiga algún remedio salutífero a su mal.

MARCO.—Parientes, esas penas se hallan por encima de todos los remedios. Unámonos a los godos, y mediante una guerra vengadora, castigaremos a Roma por su ingratitud y que alcance la venganza al traidor Saturnino.

TITO.—¡Muy bien, Publio! ¡Muy bien, maestros! ¡Qué! ¿Habéis dado con ella?

PUBLIO.—No, mi buen señor; pero Plutón os envía a decir que si queréis obtener venganza de parte del infierno, la obtendréis. En cuanto a la justicia, a fe que está ocupada, a lo que él cree, en el cielo, con Júpiter, o en otro cualquier sitio; de manera que os veréis obligado a esperar un poco.

TITO.—Me molesta tener que alimentarme con dilaciones. Me sumergiré en el lago hirviente del abismo y sabré

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

arrancar la justicia de Aquerón por los talones. Marco, sólo somos arbustos, no somos cedros. No somos hombres de constitución robusta, ni de la talla de los cíclopes; pero somos de metal, Marco, somos de acero hasta la medula de los huesos; y, no obstante, estamos aplastados por más ultrajes de los que nuestra espalda puede soportar. Y pues la justicia no se halla ni sobre la tierra ni en el infierno, nos doblegaremos ante los dioses, a fin de que envíen la justicia aquí abajo para vengar nuestras afrentas. Vamos, a la obra. Vos sois un hábil arquero, Marco. *(Entregándoles flechas a los demás.) Ad Jovem;* ésta para vos. Aquí, *ad Apollinem... Ad Martem;* ésta es para mí. Ahora, al muchacho, para Palas. La presente, para Mercurio. Para Saturno, Cayo; no para Saturnino. Tanto valdría tirar contra el viento. Vamos a la obra, niño. Marco, tira cuando yo te lo ordene. Bajo mi palabra, que he escrito esta lista admirablemente. No queda un dios por solicitar.

MARCO.—Parientes, lanzad todas vuestras flechas en dirección a la Corte. Mortificaremos al emperador en su orgullo.

TITO.—¡Adelante, amigos, tirad! *(Disparan.)* ¡Oh! ¡Bien hecho, Lucio! Querido muchacho, al seno de la Virgen; envíalas a Palas.

MARCO.—Señor, apunto una milla más allá de la Luna. De este golpe, vuestra carta visita a Júpiter.

TITO.—¡Ah Publio, Publio! ¿Qué has hecho? ¡Mira, mira! Has cortado uno de los cuernos del Toro.

MARCO.—Tal era el juego, señor. Cuando Publio ha lanzado su flecha, el Toro, en su dolor, ha dado un golpe tan furioso a Aries, que los dos cuernos del Carnero han caído en el palacio. Y ¿quién podrá hallarlos sino el villano de la emperatriz? Ella ha comenzado a reírse y ha dicho al moro que él no debía elegir, sino entregarlos a su dueño como presente.

TITO.—Vaya, esto va bien. ¡Dios dé prosperidad a vuestra señoría!

Entra un RÚSTICO *con una cesta y dos pichones dentro*

¡Noticias, noticias del cielo! El mensaje ha llegado, Marco. Picarón, ¿qué nuevas traes? ¿Traes cartas? ¿Se me hará justicia? ¿Qué dice Júpiter?

RÚSTICO.—¡Oh! ¿Júpiter? ¿El que hace las horcas? Dice que las ha hecho bajar, pues al condenado no deben ahorcarle hasta la próxima semana.

TITO.—Pero ¿qué dice Júpiter?, te pregunto.

RÚSTICO.—¡Ay señor! No conozco a Júpiter. No he vivido con él en toda mi vida.

TITO.—¡Cómo! Villano, ¿no eres tú el mandadero?

RÚSTICO.—Sí, señor; pero de mis pichones, no de otra cosa.

TITO.—¡Qué! ¿Es que no vienes del cielo?

RÚSTICO.—¿Del cielo? ¡Ah señor! Nunca he estado allí. ¡Dios me libre de ser tan audaz para pretender el cielo en mi juventud! ¡Cómo! Yo voy sencillamente con mis pichones al tribunal del pueblo para arreglar una especie de querella entre mi tío y uno de los hombres del imperial (1).

MARCO.—¡Cómo, señor! Eso es lo más a propósito que puede imaginarse para vuestra arenga; y que remita de vuestra parte sus pichones al emperador.

TITO.—Dime: ¿puedes entregar con gracia una arenga al emperador?

RÚSTICO.—Francamente, señor; no he podido nunca decir gracias en toda mi vida.

TITO.—Vamos, bribón, acércate; no pongas más dificultades, sino entrega tus pichones al emperador. Merced a mí, obtendrás de él justicia. ¡Detente, detente! En tanto, he aquí el dinero por tu

(1) El Rústico trabuca los términos y entiende por Júpiter, Gibbet-Maker; por tribunal, tribuno; por imperial, emperador, etc.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

comisión. Dadme pluma y tinta. Amigo, ¿podéis entregar una súplica con gracia?

RÚSTICO.—Sí, señor.

TITO.—Muy bien; he aquí una súplica para vos. Y cuando estés introducido cerca del emperador, desde un principio te prosternas; en seguida le besas los pies, y acto seguido le entregas tus pichones y aguardas inmediatamente tu recompensa. Yo estaré al lado, señor. Cuidado con desempeñar bien el mensaje.

RÚSTICO.—Os lo garantizo, señor. Dejadme hacer.

TITO. — Pícaro, ¿tienes un cuchillo? Veámosle. Marco, imponle en la arenga, pues la has hecho con el tono de un humilde suplicante. Y cuando la hayas entregado al emperador, ven a llamar a mi puerta y dime lo que te haya dicho.

RÚSTICO.—Dios sea con vos, señor. Lo haré.

TITO.—Venid, Marco; salgamos. Sígueme, Publio. (Salen.)

ESCENA IV

El mismo lugar.—Delante del Palacio

Entran SATURNINO, TAMORA, DEMETRIO, CHIRÓN, *Señores y otros.* SATURNINO *lleva en las manos las flechas lanzadas por* TITO

SATURNINO.—¡Cómo! Señores, ¿qué ultrajes son éstos? ¿Se ha visto jamás un emperador de Roma vejado, importunado e insultado cara a cara y tratado con menosprecio, después de haber desplegado una justicia imparcial? Ya lo sabéis, señores, como también los dioses potentes: algunas calumnias que los perturbadores de nuestro país murmuran a los oídos del pueblo no proceden sino de la declaración de las leyes contra los hijos temerarios del viejo Andrónico Y porque las penas han turbado su razón, ¿vamos a ser perseguidos de tal manera con sus venganzas, sus accesos de frenesí y sus amargos insultos? Vedle ahora apelar al cielo para vengarse. Mirad aquí una carta para Júpiter, otra para Mercurio, ésta para Apolo y la de más allá para el dios de la guerra. ¡Lindos rollos para verlos volar por encima de las calles de Roma! ¿Qué objeto tienen sino difamar al Senado y deshonrarnos por todas partes con el reproche de la injusticia? ¿No es ésta una locura cómoda señores? Como si quisiera decir que no existe justicia en Roma. Pero, sí vivo, no ha de valerle su disimulada locura de protección contra esos ultrajes; sino que él y los suyos sabrán que la justicia alienta en Saturnino; y si durmiese, la despertará tan bien, que, en su furor, hará desaparecer al más imprudente de los conspiradores que queden con vida.

TAMORA. — Mi gracioso señor, mi querido Saturnino, dueño de mi vida, soberano rey de todos mis pensamientos, calmaos y sufrid las faltas de la vejez de *Tito. Es efecto del dolor que siente por* la pérdida de sus valerosos hijos, cuya muerte le ha abrumado profundamente y herido su corazón. Apiadaos de su miserable estado, antes de perseguir por estos insultos al más débil y honrado varón de Roma... *(Aparte.)* Sí, conviene a la penetrante Tamora halagar a todos. Pero Tito te ha llegado al vivo y tu sangre vital se vierte. Si Aarón es ahora prudente, todo está a salvo, y el áncora, en el puerto. *(Entra el* RÚSTICO.) ¡Hola, camarada! ¿Quieres hablar con nosotros?

RÚSTICO.—Sí, a fe, si sois la majestad imperial.

TAMORA.—Soy la emperatriz, pero más abajo está sentado el emperador.

RÚSTICO.—Es a él a quien busco. ¡Que Dios y San Esteban os colmen de ventura! Os traigo una carta y este par de pichones. (SATURNINO *lee la carta.)*

SATURNINO.—¡Id, cogedle y ahorcadle inmediatamente!

RÚSTICO.—¿Qué dinero tendré?

TAMORA.—¡Vamos, miserable! ¡Vais a ser ahorcado!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

RÚSTICO. — ¡Ahorcado! ¡Por la Virgen! ¡He traído entonces mi cuello para un buen fin! *(Sale custodiado.)*

SATURNINO. — ¡Ultrajes sangrientos e intolerables! ¿Aguantaré más tiempo estas monstruosas villanías? Sé de dónde procede esta carta. ¿Puede esto soportarse? Como si sus traidores hijos, a quienes la ley ha condenado por el asesinato de nuestro hermano, hubieran sido degollados injustamente por orden mía. ¡Vamos, traed aquí a ese malvado por los cabellos! Ni su edad ni sus honores le otorgan privilegios. Por este audaz insulto, yo mismo voy a ser su verdugo, pérfido y frenético miserable, que ayudaste a engrandecerme con la esperanza de que gobernarías a Roma y a mí.

Entra EMILIO

¿Qué nuevas traes, Emilio?

EMILIO.—¡A las armas, a las armas, señor! ¡Nunca ha tenido Roma para ello más razones! Los godos han reunido fuerzas, y con ejércitos de soldados valerosos, intrépidos y ávidos de botín, marchan a grandes jornadas en dirección a Roma, bajo el mando de Lucio, el hijo del viejo Andrónico, que, en el curso de su venganza, amenaza con hacer otro tanto como Coriolano.

SATURNINO.—¿El belicoso Lucio es el general de los godos? Esa noticia me hiela, e inclino mi cabeza como las flores heridas por la helada o batidas por la tempestad. ¡Ah! Ahora es cuando van a comenzar nuestras penas. A él es a quien ama tanto el pueblo. Yo mismo, cuando, vestido de sencillo particular, me he confundido con él, le he oído decir frecuentemente que el destierro de Lucio era injusto, y desear que Lucio fuera su emperador.

TAMORA. — ¿Por qué tembláis? ¿Vuestra ciudad no es fuerte?

SATURNINO.—Sí, pero los ciudadanos favorecen a Lucio y se revolucionarán para venir en su ayuda.

TAMORA.—Rey, cobrad los sentimientos de un emperador, como lleváis el título. ¿El sol se eclipsa porque los insectos vuelen delante de sus rayos? El águila permite cantar a los pajarillos, y no le importa lo que digan por ello, cierto como está de que la sombra de sus alas es suficiente para apagar de buen grado sus voces. Otro tanto podéis hacer vos con el populacho insensato de Roma. Cobrad, pues, valor; y sabed, emperador, que lograré encantar al viejo Andrónico con las palabras más dulces, pero más peligrosas que el cebo para el pez y la miel del trébol florecido para la oveja. El uno muere herido por el anzuelo, y la otra, emponzoñada por un delicioso pasto.

SATURNINO.—Pero él no querrá suplicar a su hijo por nosotros.

TAMORA.—Si Tamora se lo ruega, querrá, por cuanto puedo halagar su vejez y adormecerle con promesas doradas; y aun cuando su corazón permanezca inflexible y sus viejos oídos sordos, su corazón y su oído obedecerán a mi lengua. *(A* EMILIO.) Id, precedednos y sed nuestro embajador. Decidle que el emperador solicita una conferencia con el bravo Lucio, y fija el lugar de cita en la casa de su padre, el viejo Andrónico.

SATURNINO. — Emilio, desempeñad este mensaje honorablemente; y si exige rehenes para su seguridad, decidle que pida las prendas que guste.

EMILIO.—Voy a ejecutar vuestras órdenes. *(Sale.)*

TAMORA.—Yo voy ahora en busca del viejo Andrónico y a dulcificarle por todos los resortes del arte que poseo, para arrancar a los belicosos godos el orgulloso Lucio. Vamos, querido emperador, recobrad vuestra alegría y enterrad todas vuestras alarmas en la confianza de mis designios.

SATURNINO.—Vamos. ¡Ojalá tengáis éxito y le persuadáis. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Llanuras cerca de Roma

Trompetería. Entra LUCIO *al frente del ejército de los godos, con tambores y banderas*

LUCIO.—Guerreros expertos, mis fieles amigos, he recibido cartas de la orgullosa Roma que me anuncian el odio que profesan los romanos a su emperador y lo anhelantes que están de nuestra presencia. Por consiguiente, nobles señores, mostraos como atestiguan vuestros títulos, arrogantes e impacientes por vengar vuestras ofensas, y así tomad una triple satisfacción de los males que os ha causado Roma.

GODO 1.º—¡Valeroso retoño, salido del gran Andrónico, cuyo nombre, que antes constituía nuestro terror, nos llena ahora de confianza! Vos, a quien la ingrata Roma paga con profundo desprecio las grandes empresas y honorables acciones, contad con nosotros. Os seguiremos por todas partes, adondequiera que nos guiéis como en un ardiente día de estío las abejas, armadas de sus dardos, siguen a su rey por los campos floridos, y nos vengaremos de la maldecida Tamora.

GODOS.—Y lo que dice, lo subrayamos todos con él, a una voz.

LUCIO.—Humildemente, le doy las gracias, así como a todos vosotros. Mas ¿quién llega, conducido por ese robusto godo?

Entra un GODO, *llevando a* AARÓN *y a su niño, con sus armas*

GODO 2.º—Ilustre Lucio, me separé de nuestras fuerzas para contemplar las ruinas de un monasterio, y al fijar con atención los ojos sobre el edificio desmoronado, repentinamente oí gritar a un niño al pie de una pared. Volviéndome del lado de la voz, escuché que se calmaba la criatura diciéndole: «¡Silencio, nene atezado, que tienes la mitad de mí y la otra de tu madre! Si tu tez no declarase de quién eres hijo; si la Naturaleza te hubiese dado tan sólo la fisonomía de tu madre, villano, habrías podido llegar a emperador. Pero cuando el toro y la vaca son los dos blancos como la leche, nunca engendrarán un becerro negro como el carbón. ¡Cállate, desdichado, cállate!» Y como prosiguiera llorando el niño, se continuaba así: «Tengo que llevarte a un fiel godo, que, cuando sepa que eres hijo de la emperatriz, te tomará cariño, por afecto a tu madre.» Acto seguido tiré de mi espada, abalanzándome sobre este moro, a quien sorprendí de improviso, y os lo traigo aquí para que obréis con él como os plazca.

LUCIO.—¡Oh digno godo! He aquí en carne y hueso al demonio que ha privado a Andrónico de su mano gloriosa. He aquí la perla que encantaba los ojos de vuestra emperatriz, y ése es el vil fruto de su encendida liviandad. Responde, esclavo de ojos zarcos: ¿dónde querías llevar a esa imagen viviente de tu infernal rostro? ¿Por qué no hablas? Qué ¿estás sordo? ¿Ni una palabra? ¡Una cuerda, soldados! ¡Cogedle de este árbol y, al lado, su fruto de bastardía!

AARÓN.—¡No toquéis a ese niño! ¡Es de sangre real!

LUCIO.—Se parece demasiado a su padre para que tenga nada bueno. Vamos, comenzad por ahorcar al niño a fin de que vea cómo se agita; espectáculo para afligir su corazón de padre. Traedme

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

una escala. *(Traen una escala, a la cual se obliga a subir a* AARÓN.)

AARÓN.—Lucio, salva al niño y llévale de mi parte a la emperatriz. Si accedes a mi ruego, te revelaré asombrosos secretos que te importa mucho conocer. Si lo rehusas, suceda lo que quiera; yo no hablo más, a no ser: «¡Que la venganza os confunda a todos!»

LUCIO.—Habla, si lo que vas a decirme me satisface, tu hijo vivirá y yo me encargo de que prospere.

AARÓN.—¡Si te satisface! ¡Oh! ¡Ten por cierto, Lucio, que lo que te diga afligirá tu alma, pues voy a hablar de muertes, violaciones y asesinatos, de actos cometidos en las sombras de la noche, de abominables delitos, de negras maquinaciones de traición y maldad, de depravaciones horribles de oír y que, sin embargo, se han ejecutado, como para mover a piedad. Todos estos secretos quedarán sepultos con mi muerte, si no me juras que vivirá mi hijo.

LUCIO.—Revela tu pensamiento. Te digo que tu niño vivirá.

AARÓN. — ¡Júralo, y entonces comenzaré!

LUCIO.—¿Por qué jurarlo? Tú no crees en ningún dios. Luego, ¿cómo puedes fiarte de un juramento?

AARÓN.—Aun cuando no crea en dios alguno, como, en efecto, no creo, no importa. Sé que tú eres religioso y que llevas dentro algo que se llama conciencia, y otras veinte supersticiones y ceremonias papistas, que cuidadosamente te he visto observar. Por ello es por lo que te exijo el juramento. Además, no ignoro que un idiota hace un dios de su vara y se atiene a la palabra que ha jurado por este dios. Tal es el juramento que exijo. Así, jurarás por ese dios, sea cual fuere, al que adoras y venerás, que salvarás a mi niño, le alimentarás y criarás, o no descubriré nada.

LUCIO.—Te juro de veras por mi Dios que lo haré.

AARÓN.—Sabe, primero, que he tenido ese niño de la emperatriz.

LUCIO.—¡Oh mujer impúdica y de lujuria insaciable!

AARÓN.—¡Detente, Lucio! Esa no ha sido más que una acción caritativa, en comparación a lo que vas a oír. Sus hijos fueron los que asesinaron a Bassiano; los que cortaron la lengua a tu hermana, la violaron, le cortaron las manos y la arreglaron como has visto.

LUCIO.—¡Oh execrable villano! ¿Llamas a eso arreglar?

AARÓN.—Sí, porque fué bañada, recortada y arreglada, y constituyó un agradable ejercicio para los que lo realizaron.

LUCIO. — ¡Oh! ¡Bárbaros y bestiales malvados, semejantes a ti!

AARÓN. — Verdaderamente, yo he sido el tutor que los ha instruído. El alma libertina la han heredado de su madre, tan seguro como el naipe que gana la partida. En cuanto a sus instintos sanguinarios, creo que los tienen de mí, que soy un perro de presa como ninguno que haya atacado jamás a la cabeza de un toro. Bien; que lo atestiguen mis pérfidas acciones. Yo indiqué a tus hermanos aquella zanja en que yacía el cuerpo de Bassiano; escribí la carta que halló tu padre; escondí el oro de que en ella se hablaba, de acuerdo con la reina y sus dos hijos. Y ¿qué se ha hecho de que hayas tenido que lamentarte en que no interviniera mi malicia? He engañado a tu padre para privarle de su mano, y cuando la tuve, me retiré a un lado, porque reventaban mis mejillas de tanto reír. Le espié a través de las hendiduras de un muro cuando, a cambio de su mano, recibió las cabezas de sus dos hijos. He visto sus lágrimas y he reído de tan buen grado, que mis ojos lloraban como los suyos. Y al contarle toda esta farsa a la emperatriz, casi se desvaneció de placer ante mi relato y me pagó las noticias con veinte besos.

GODO 1.º—¡Cómo! ¿Puedes decir todo eso sin enrojecer?

AARÓN.—Sí, como un perro negro, según dice el refrán.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

LUCIO.—¿No sientes remordimientos por actos tan atroces?

AARÓN.—¡Sí, de no haber hecho mil veces más! Y hasta en este momento maldigo el día (a pesar de que me parece que restan pocos a los cuales pueda alcanzar mi maldición) en que no haya hecho algún gran mal, como asesinar un hombre, o tramar su muerte, violar a una doncella o imaginar el medio de acusar algún inocente, o perjurarme a mí mismo, o sembrar un odio mortal entre dos amigos, retorcer el cuello a los animales de las personas humildes, incendiar las granjas y las hacinas de heno en la noche y decir a los propietarios que extingan el incendio con sus lágrimas. Con frecuencia he exhumado a los muertos de sus tumbas y he colocado sus cadáveres a la puerta de sus mejores amigos, cuando su dolor se había ya casi olvidado; y sobre su piel, como sobre la corteza de un árbol, he grabado con mi cuchillo, en letras romanas: «Que vuestro dolor no muera, aunque yo esté difunto.» En una palabra: he llevado a cabo mil cosas horribles, con la indiferencia que otro pone en matar una mosca; y nada, en verdad, me ha causado dolor, sino el sentimiento de no haber podido cometer otros diez mil.

LUCIO.—Bajad a ese demonio. Es preciso que no muera de una muerte tan dulce como ser ahorcado en medio del campo.

AARÓN.—Si existen demonios, quisiera ser demonio, para vivir y arder en el fuego eterno; a condición tan sólo de que tuviese tu compañía en el infierno y que pudiera atormentarte con palabras amargas.

LUCIO.—Amigos, cerradle la boca y que no hable más.

Entra un GODO

GODO.—Señor, aquí está un mensajero de Roma que solicita ser admitido en vuestra presencia.

LUCIO.—Que se acerque.

Entra EMILIO

¡Bien venido, Emilio! ¿Qué noticias traes de Roma?

EMILIO.—Valeroso Lucio, y vosotros, príncipes de los godos, el emperador romano os saluda a todos por mi conducto; e informado de que estáis en armas, pide una entrevista con vos en casa de vuestro padre. Podéis señalar vuestros rehenes y os serán remitidos con la mayor premura.

GODO 1.º—¿Qué dice nuestro general?

LUCIO.—Emilio, que el emperador entregue sus rehenes a mi padre y a mi tío Marco, e iremos. ¡En marcha! *(Salen.)*

ESCENA II

Roma. Delante de la casa de Tito

Entran TAMORA, DEMETRIO *y* CHIRÓN, *disfrazados*

TAMORA.—Justamente así, en este extraño y singular traje, quiero presentarme a Andrónico y decirle que soy la Venganza, enviada desde el fondo del abismo, para unirme a él y vengar sus crueles ultrajes. Llamad a la puerta de su estudio, donde dicen que se encierra a meditar extraordinarios planes y terribles represalias. Decidle que la Venganza en persona viene para coligarse con él y trabajar en la ruina de sus enemigos. *(Llaman.)*

Entra TITO, *arriba*

TITO.—¿Por qué turbáis mis meditaciones? ¿Urdís una estratagema para hacerme abrir la puerta, con objeto de desvanecer mis tristes resoluciones y dejar sin efecto todos mis estudios? Os equivocáis, pues tengo intención de realizarlos. Mirad. Lo he trazado aquí con caracteres de sangre; y lo que está escrito se cumplirá.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

TAMORA.—Tito, vengo a hablarte.

TITO.—No, ni una sola palabra. ¿Cómo puedo dar aire a mi discurso cuando me falta una mano para imprimirle movimiento? Tienes ventaja sobre mí. Por consiguiente, retírate.

TAMORA.—Si me conocieras, querrías hablarme.

TITO.—Yo no estoy loco. Te conozco bien. Testigo, este brazo mutilado; testigos, estas líneas carmesíes; testigos, estas profundas arrugas, causadas por la pena y los cuidados; testigos, los días fatigosos y las noches apesaradas; testigo, toda mi desesperación, de que te conozco bien como nuestra orgullosa emperatriz, la prepotente Tamora. ¿No vienes a pedirme otra mano?

TAMORA.—Sabe, dolorido anciano, que no soy Tamora. Ella es tu enemiga, y yo soy tu amiga. Soy la Venganza, enviada desde las regiones infernales, para descargarte del buitre que te roe el corazón, ejerciendo horribles represalias sobre tus adversarios. Desciende y dame la bienvenida en este reino de la luz. Ven a conversar conmigo de asesinato y muerte. No hay antro sombrío, paraje oculto, vana oscuridad, cañada tenebrosa en que el asesinato sangriento, la repugnante violación puedan esconderse de espanto, donde yo no pueda descubrirlos y hacer retemblar en sus oídos mi terrible nombre, la Venganza, nombre que hace estremecer a los dioses culpables.

TITO.—¿Eres tú la Venganza? ¿Y me has sido enviada para atormentar a mis enemigos?

TAMORA.—Sí; conque desciende y recíbeme.

TITO.—Comienza por hacerme algún servicio antes que te reciba. A tus lados están el Asesinato y la Violación. Dame alguna seguridad de que eres, en efecto, la Venganza. Apuñálalos o destrózalos bajo las ruedas de tu carro. Entonces iré a tu encuentro y seré tu cochero y rodaré contigo alrededor del Globo. Procúrate dos vigorosos corceles, negros como el azabache, para engancharlos rápidamente en tu carro vengador y descubrir a los asesinos extrayéndolos de sus culpables cuevas. Y cuando tu carro se halle cargado con sus cabezas, descenderé y correré a pie al lado de las ruedas todo el largo día como un servil peatón, desde la salida de Hiperión por el Oriente hasta que se precipite en el océano. Y día a día tornaré a comenzar esa penosa tarea, a condición de que destruyas a la Violación y al Asesinato.

TAMORA.—Estos son mis ministros y me acompañan.

TITO.—¿Son ésos tus ministros? ¿Cómo se llaman?

TAMORA.—La Violación y el Asesinato. Llevan estos nombres porque castigan a los que son culpables de esos crímenes.

TITO.—¡Gran Dios! ¡Cómo se parecen a los hijos de la emperatriz! ¡Y vos a la emperatriz! Pero nosotros, simples humanos, tenemos pobres e insensatos ojos que nos engañan. ¡Oh dulce Venganza! Ahora soy contigo. Y si el abrazo de un solo brazo puede satisfacerte, voy a abrazarte en seguida con el que me queda. *(Sale, arriba.)*

TAMORA.—Este pacto que establezco con él cuadra a su locura. Cualquiera invención que forje para alimentar la fantasía de su cerebro enfermo, apoyadla y mantenedla en vuestra conversación. Porque, no me cabe duda, me toma firmemente por la Venganza. Aprovechándome de su credulidad y de su loca idea, le induciré a que haga llamar a su hijo Lucio; y cuando esté segura de él, hallaré alguna perfidia, algún golpe de mano para apartar y dispersar a esos godos inconstantes, o, al menos, para convertirlos en enemigos suyos. Mirad, vedle venir. Es preciso que represente mi papel.

Entra TITO

TITO.—He estado largo tiempo abandonado, y eso por ti. ¡Sé bien venida, furia terrible, en mi casa desolada! Asesinato y Violación, sed igualmente bien venidos.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

¡Oh! ¡Cómo os parecéis a la emperatriz y a sus dos hijos! Os encuentro en buena armonía. Unicamente os falta un moro. ¿Es que el infierno junto no ha podido procuraros un demonio semejante? Porque sé bien que jamás se mueve la emperatriz sin que lleve en su compañía un moro; y para representar con toda verdad a nuestra reina, convendría que tuvierais un parecido demonio. Pero sed bien venidos comoquiera que seáis. ¿Qué debemos hacer?

TAMORA.—¿Qué querrías que hiciéramos, Andrónico?

DEMETRIO.—Muéstrame un asesino; yo me encargaré de él.

CHIRÓN.—Muéstrame un malvado que haya cometido una violación, que estoy enviado para tomar venganza de él.

TAMORA.—Muéstrame mil infames que te hayan hecho mal, y yo te vengaré de todos.

TITO.—Mira alrededor de ti, en las calles corrompidas de Roma, y cuando adviertas un hombre que se te parece, buen Asesinato, apuñálale; es un asesino. Ve tú con él, y cuando por azar halles a un hombre que se te asemeje, buena Violación, apuñálale: es un violador. Sígueles tú; hay en el palacio del emperador una reina acompañada de un moro; podrás reconocerla fácilmente comparándola contigo, pues se te parece de pies a cabeza. Te conjuro a que le hagas sufrir alguna muerte violenta; que violentos han sido para mí y los míos.

TAMORA.—Nos has alecionado bien; lo ejecutaremos; pero si quisieras, buen Andrónico, mandar a llamar a Lucio, tu valeroso hijo, que conduce a Roma un ejército de intrépidos godos, e invitarle a venir a un banquete a tu casa, cuando esté aquí, en medio de la fiesta solemne, traeré a la emperatriz y a sus hijos, al emperador mismo y a todos tus adversarios, y ellos se arrodillarán y se pondrán a tu merced. Y podrás desahogar sobre ellos tu corazón irritado. ¿Qué respondes a esta proposición, Andrónico?

TITO.—¡Marco, hermano! ¡Es el triste Tito quien te llama! *(Entra* MARCO.) Parte, querido Marco; sal en busca de tu sobrino Lucio. Le hallarás entre los godos. Dile que venga a verme y que traiga consigo a algunos de los principales príncipes de los godos. Recomiéndale que acampen sus soldados donde se hallen. Comunícale que el emperador y la emperatriz vienen a una fiesta en casa y que él la compartirá con ellos. Haz esto por la amistad que me profesas, y que él haga lo que le digo, si estima la vida de su anciano padre.

MARCO.—Haré lo que ordenas, y en seguida estaré de retorno. *(Sale.)*

TAMORA.—Voy a abandonarte, para ocuparme de tus asuntos, y me llevo a mis ministros.

TITO.—No, no; que el Asesinato y la Violación se queden conmigo; de lo contrario, digo a mi hermano que retroceda y no buscará otra venganza sino Lucio.

TAMORA.—*(Aparte, a sus hijos.)* ¿Qué decís, muchachos? ¿Queréis quedaros con él, mientros voy a informar al emperador mi señor del modo como he llevado a cabo nuestra acordada estratagema? Ceded a su fantasía, halagadle, acariciadle y permaneced con él hasta mi regreso.

TITO.—*(Aparte.)* Los conozco bien, aunque me suponen loco. Yo cogeré en su propia perfidia a este par de perros malditos del infierno y a su madre.

DEMETRIO.—*(Aparte, a* TAMORA.) Señora, partid cuando os plazca. Nos quedamos aquí.

TAMORA.—Adiós, Andrónico. La Venganza va urdir un plan para sorprender a tus enemigos. *(Sale.)*

TITO.—Ya sé que vas a ocuparte de ellos. Adiós, querida Venganza.

CHIRÓN.—Dinos, anciano. ¿Cómo piensas emplearnos?

TITO.—¡Bah! Tengo bastante trabajo para vosotros. ¡Publio, Cayo, Valentín! ¡Venid pronto!

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entran PUBLIO *y otros*

PUBLIO.—¿Qué deseáis?

TITO.—¿Conoces a estos dos?

PUBLIO.—Los hijos de la emperatriz, creo: Chirón y Demetrio.

TITO. — ¡Quita allá, Publio! ¡Quita allá! Te engañas enormemente. Uno es el Asesinato; el otro se llama Violación. Por consiguiente, amárralos, buen Publio. ¡Cayo, Valentín! ¡Manos a ellos! ¡Con frecuencia me habéis oído desear este instante, y, por fin, lo hallo! ¡Atadlos bien, y cerradles la boca si quieren gritar! *(Sale;* PUBLIO, *etc., se apoderan, atándolos, de* CHIRÓN *y* DEMETRIO.)

CHIRÓN.—¡Atrás, villanos! ¡Somos los hijos de la emperatriz!

PUBLIO.—¡Y por eso hacemos lo que se nos ha mandado! ¡Cerradles la boca! ¡Que no puedan articular una palabra! ¿Están bien amarrados? Procurad que vuestro lazo sea fuerte.

Vuelve a entrar TITO *con* LAVINIA; *ella lleva una jofaina, y él, un cuchillo*

TITO.—¡Ven, ven, Lavinia! ¡Mira a tus enemigos amarrados! Señores, cerradles bien la boca; que no me hablen; pero que oigan las palabras terribles que profiero. ¡Oh malvado Chirón y Demetrio! He aquí la fuente pura que manchasteis de barro. He aquí la bella primavera que mezclasteis con vuestro invierno. Habéis dado muerte a su esposo, y por esta acción vil sus hermanos han sido condenados al suplicio; mi mano ha sido cortada y de ella habéis hecho alegres burlas; sus dos lindas manos, su lengua, y (lo que era más precioso aún que su lengua y que sus manos), su castidad sin tacha, inhumanos traidores, las habéis mutilado y violado. ¿Qué responderíais si os dejara hablar? ¡Oíd, miserables, cómo me propongo martirizaros! Todavía me queda esta mano para cortaros la garganta; mientras, Lavinia tendrá entre sus manos la jofaina que va a recibir vuestra sangre criminal. Sabéis que vuestra madre regresará a tomar parte en mi festín, que se da el nombre de Venganza, y que me cree loco. ¡Escuchad, malvados! Reduciré a polvo vuestros huesos, formaré una pasta con vuestra sangre, y de la pasta un pastel, donde haré entrar vuestras cabezas odiosas. Y diré a esa prostituta, a vuestra execrable madre, que devore, como la tierra, su propia progenitura. He ahí la comida a que la he invitado, y he aquí los platos en que se cebará. Vosotros habéis tratado a mi hija más cruelmente que lo fué Filomela; yo quiero vengarla más cruelmente que Progne. ¡Vamos, preparad vuestras gargantas! ¡Ven, Lavinia! *(Los degüella.)* ¡Recibe la sangre! Y cuando estén muertos, dejad que reduzca sus huesos a polvo imperceptible; que los humedezca en este odioso licor y haga cocer sus cabezas en este pastel horrible. Vamos, ayúdeme cada uno a preparar el banquete. Quiero que sea más atroz y sangriento que el festín de los Centauros. Así, traedlos en seguida. Seré el cocinero y los tendré preparados para el regreso de su madre. *(Sale, llevándose los cadáveres.)*

ESCENA III

El mismo lugar.—Patio de la casa de Tito. Se ve un banquete preparado

Entran LUCIO, MARCO *y* GODOS, *con* AARÓN, *prisionero*

LUCIO.—Tío Marco, pues es voluntad de mi padre que venga a Roma, estoy satisfecho.

GODO 1.º—Y nosotros contigo, disponga lo que quiera la fortuna.

LUCIO.—Querido tío, encargaos de este bárbaro moro, de este tigre hambriento, de este maldito diablo; que no reciba alimento alguno; amarradle hasta que se le ponga frente a frente con la emperatriz, para testimonio de sus horrendas acciones; y cuidad de que la embos-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

cada de nuestros amigos esté con las armas en la mano. Temo que no nos vea con agrado el emperador.

AARÓN.—Que algún demonio murmure sus maldiciones en mis oídos y me inspire, para que mi lengua exhale todo el veneno que se acumula en mi corazón.

LUCIO.—¡Atrás, perro inhumano! ¡Esclavo infame! Señores, ayudadle a mi tío a conducirle. *(Salen Godos con* AARÓN. *Suenan trompetas.)* Las trompetas anuncian la llegada del emperador.

Entran SATURNINO *y* TAMORA, *con* EMILIO, *Senadores, Tribunos y otros*

SATURNINO.—¡Cómo! ¿El firmamento tiene más de un sol?

LUCIO.—¿De qué te sirve llamarte a ti mismo sol?

MARCO.—Emperador de Roma; y vos, sobrino mío, entablad la conferencia. Esta querella debe discutirse tranquilamente. Todo está dispuesto para el festín que el cuidadoso Tito ha ordenado con un hermoso fin, el de la paz, la amistad, la unión y el bien de Roma. Dignaos avanzar y cubrid vuestros puestos.

SATURNINO.—Lo hacemos. Marco. *(Suenan los oboes.)*

Entran TITO, *vestido de cochero;* LAVINIA, *velada; el joven* LUCIO *y otros.* TITO *coloca los platos sobre la mesa*

TITO.—Sed bien venido, mi respetable soberano. Sed bien venida, temida reina. Salud, belicosos godos. ¡Salve, Lucio! Sed todos bien venidos. Aunque el banquete sea poco espléndido, bastará para llenar el estómago. Dignaos comer.

SATURNINO.—¿Por qué estáis ataviado así, Andrónico?

TITO.—Porque quería asegurarme de que todo estuviera en orden para festejar a Vuestra Majestad y a vuestra emperatriz.

TAMORA. — Os estamos agradecidos, buen Andrónico.

TITO. — Lo estaríais seguramente si Vuestra Majestad pudiera leer en el fondo de mi corazón. Gran emperador, resolvedme este problema: el fogoso Virginio, ¿hizo bien en matar a su hija con su propia mano, porque había sido violada, mancillada y deshonrada?

SATURNINO.—Hizo bien, Andrónico.

TITO.—¿Una razón de ello, poderoso señor?

SATURNINO.—Porque su hija no debía sobrevivir a su deshonra y renovar sin cesar con su presencia los dolores de su padre.

TITO.—Es una razón alta, decisiva y convincente; un ejemplo, un precedente, un modelo para que yo, el más desgraciado de los padres, lo siga. ¡Muere, muere, Lavinia, y tu vergüenza contigo! ¡Y con tu vergüenza muera también el dolor de tu padre! *(Mata a* LAVINIA.)

SATURNINO. — ¿Qué has hecho, padre bárbaro y desnaturalizado?

TITO.—¡Matarla, por haberme hecho ciego, a fuerza de llorar! Yo soy tan desdichado como fué Virgilio, y tengo mil razones más para esta violencia; y la he cometido ahora.

SATURNINO.—¡Cómo! ¿Es qué fué violada? Dime: ¿quién realizó tal acto?

TITO.—¿Os place comer? ¿Place alimentarse a Vuestra Alteza?

TAMORA.—¿Por qué has matado así a tu hija única?

TITO.—¡No he sido yo! Fueron Chirón y Demetrio. Ellos la violaron, ellos le cortaron la lengua; ellos fueron, sí, los que realizaron todo este mal.

SATURNINO.—¡Que se los traiga ante nosotros inmediatamente!

TITO.—¡Bah! ¡Los dos están aquí, cocidos en este pastel, de que su madre se ha alimentado tan exquisitamente! Ha comido la carne que ella misma engendró. Es la verdad; es la verdad. Lo atestiguo con la punta afilada de mi cuchillo. *(Mata a* TAMORA.)

SATURNINO. — ¡Muere, loco, miserable,

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

por esta abominable acción! *(Mata a* TITO.)

LUCIO.—¿Pueden los ojos de un hijo mirar correr la sangre de su padre? ¡He aquí salario por salario, muerte por acto mortal! *(Mata a* SATURNINO. *Gran tumulto. La gente se dispersa confusamente.* MARCO, LUCIO *y otros partidarios se dirigen a un balcón.)*

MARCO.—¡Pueblo e hijos de Roma, de quienes veo las caras tristes, que este tumulto dispersa como una bandada de pájaros separada por los vientos y el torbellino de la tempestad! Dejadme enseñaros el modo de reunir de nuevo en un haz único estas espigas dispersas y de formar otra vez de estos miembros separados un solo cuerpo. Que Roma no sea el azote de ella misma, y que la que ve inclinarse ante ella vastos y poderosos reinos, desde hoy, como un errante proscrito en la desesperación y el abandono, ejerza sobre sí una justicia vergonzosa. Pero si estos signos de vejez, estas profundas arrugas de la edad, testimonio serio de mi larga experiencia, no pueden induciros a escucharme *(A* LUCIO.) hablad vos, amigo querido de Roma, como un tiempo nuestro antepasado, cuando su lengua patética narró al oído atento de la enamorada y triste Dido la historia de aquella noche de llamas y de desastres en que los pérfidos griegos sorprendieron a la Troya del rey Príamo. Decidnos qué Sinón había encantado nuestros oídos o quién introdujo dentro de la casa la maquina fatal que causó una herida fatal a nuestra Troya, a nuestra Roma. Mi corazón no está formado de pedernal ni de acero, y no puede expresar nuestro amargo dolor sin que olas de lágrimas vengan a sofocar mis acentos y a interrumpir mi discurso en el instante mismo en que excitaba más vuestra atención y enternecía vuestros corazones emocionados de piedad. He aquí un capitán: que él mismo haga el relato. Vuestros corazones palpitarán, y lloraréis al escucharle.

LUCIO.—Séaos, entonces, conocido, noble auditorio, que los execrables Chirón y Demetrio fueron los que asesinaron al hermano de nuestro emperador y los que deshonraron a nuestra hermana, por cuyos atroces crímenes fueron decapitados nuestros hermanos. Sabed que las lágrimas de nuestro padre han sido menospreciadas; que, por un engaño vil, fué privado de aquella mano fiel que había sostenido las guerras de Roma y precipitado a sus enemigos en la tumba. Sabed, en fin, que yo he sido desterrado injustamente, que se me cerraron las puertas y que, llorando, he sido lanzado y reducido a solicitar auxilio de los enemigos de Roma, que han sumergido su odio en mis lágrimas sinceras y me han abierto sus brazos para recibirme como un amigo. Y yo soy el desterrado, conviene que no lo olvidéis, que he protegido la seguridad de Roma al precio de mi sangre y desviado de su seno el hierro enemigo para hundirlo en mi cuerpo intrépido. ¡Ah! Sabéis que no soy un hombre que le guste alabarse. Mis heridas, mudas como son, pueden atestiguar que mi testimonio es justo y lleno de verdad. Pero, ¡basta! Juzgo que me extiendo demasiado hablando aquí de mis débiles méritos. ¡Oh, perdonadme! Porque los hombres han de alabarse a sí propios cuando carecen de amigos que lo hagan.

MARCO.—Ahora es cuando me toca hablar. Mirad este niño. Es el que dió a luz Tamora; la progenitora de un moro impío, primer arquitecto y autor de todos estos males. El malvado está vivo en la casa de Tito, dispuesto a probar la verdad del hecho. Juzgad, pues, la razón que asistía a Tito para tomar venganza de estos inauditos ultrajes, por encima de la paciencia o más allá de lo que puede soportar el hombre. Ahora que habéis oído la verdad, ¿qué decís, romanos? ¿Hemos realizado algo injusto? Mostradnos qué, y desde el sitio en que nos veis, cogiéndonos de la mano, nos precipitaremos juntos, destruiremos lo que resta de la triste familia de los

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Andrónicos, aplastaremos nuestros cráneos contra las piedras desiguales y extinguiremos de un solo golpe nuestra casa. Hablad, romanos; hablad. Y, si lo ordenáis, ved: Lucio y yo vamos, mano a mano, a precipitarnos al fondo.

EMILIO.—Venid, venid, respetables ciudadanos de Roma, y conducid dulcemente por la mano a nuestro emperador, a nuestro emperador Lucio, pues estoy seguro de que todas las voces le nombrarán por grito unánime.

ROMANOS.—¡Viva Lucio, soberano emperador de Roma!

MARCO.—*(Al séquito.)* Id a la triste casa del viejo Tito y traed aquí a ese impío moro para condenarle a alguna muerte sangrienta y cruel, en castigo de su abominable vida. *(Salen personas del séquito.* LUCIO *y* MARCO *y los otros descienden.)*

ROMANOS.—¡Salve, Lucio! ¡Salve, insigne gobernante de Roma!

LUCIO.—Gracias, generosos romanos; así pueda gobernar de modo que cure las dolencias de Roma y borre sus desastres. Pero, buen pueblo, concededme algunos instantes, pues la Naturaleza me impone una tarea penosa. Permaneced todos a distancia. Y vos, tío, acercaos para derramar lágrimas fúnebres sobre su cadáver. ¡Oh! ¡Recibe este beso ardiente en tus labios pálidos y fríos *(Besa a* TITO.) estas gotas de dolor en tu rostro ensangrentado, tristes y postreros deberes de tu noble hijo!

MARCO.—Llanto por llanto y tierno por tierno beso deposita en tus labios tu hermano Marco. ¡Oh! Aun cuando la suma de los que debiera darte fuese infinita, imposible de contar, te los pagaría, no obstante.

LUCIO.—Ven acá, muchacho. Ven, ven y aprende de nosotros a fundirte en una lluvia de lágrimas. Tu abuelo te quería bien. Mil veces te ha hecho bailar en sus rodillas, te ha dormido cantando, mientras su tierno seno te servía de cabecera. Te ha contado mil cuentos apropiados a tu infancia. En reconocimiento, como amable niño, vierte algunas lágrimas de tus jóvenes ojos y paga el tributo que pide la Naturaleza. Los amigos asocian a sus amigos a sus dolores y a sus penas. Dale tu último adiós. Depositale en su tumba. Ríndele este servicio y despídete de él.

MOZALBETE.—¡Oh! ¡Abuelo, abuelo! De todo corazón quisiera estar muerto, y que a este precio estuvierais vos vivo todavía. ¡Oh señor! ¡Mis lágrimas me impiden hablar! ¡Mis lágrimas me ahogan, si abro los labios!

Vuelven a entrar los del séquito de AARÓN

ROMANO 1.º—Triste familia de los Andrónicos, finalizad el acto con la desgracia. Pronunciad la sentencia contra el execrable malvado autor de estos trágicos sucesos.

LUCIO.—Enterradle bajo tierra hasta el pecho y dejadle morir de hambre. Que se quede allí y que enloquezca y grite pidendo alimento. Si alguno le socorre y se compadece de él, morirá por este crimen. Tal es nuestra disposición. Que algunos de vosotros permanezcan y cuiden de que se le amarre a tierra.

AARÓN.—¡Oh! ¿Por qué será muda la rabia y el furor guardará silencio? No soy un niño para ir a arrepentirme con bajas plegarias de los males que he hecho. Quisiera, si pudiese realizar mi voluntad, cometer diez mil actos peores que los que he cometido; y si alguna vez en mi vida se me ocurrió una sola acción buena, me arrepiento de ella con toda mi alma.

LUCIO.—Que algunos buenos amigos se lleven de aquí el cuerpo del emperador y le den sepultura en la tumba de sus mayores. Mi padre y Lavinia serán enterrados en el monumento de nuestra familia. En cuanto a esta tigresa, esta Tamora, ningunos ritos funerales le serán concedidos; nadie vestirá por ella de luto; ninguna campana fúnebre doblará en sus exequias; sino arrójesela a

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

las bestias salvajes y a las aves de presa. Su vida fué la de una bestia feroz; vivió sin piedad, y, por consiguiente, no ha de hallarla. Cuidad de que se haga justicia en Aarón, en este infame moro, principio de todos nuestros desastres. En seguida nos pondremos a trabajar para ordenar bien el Estado, a fin de que semejantes acontecimientos no vengan nunca a precipitar su ruina. *(Salen.)*



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández